

El Efecto del Franquismo en la Representación de la Mujer en la Literatura Española

Julie DeAngelis

ILVS Senior Honors Thesis

May 2014

Índice

Índice.....	2
Introducción.....	3
Capítulo Uno: Mujeres en España Bajo la Dictadura de Franco.....	13
Capítulo Dos: Las Obras de Carmen Martín Gaité	27
Entre Visillos.....	29
Desde la Ventana.....	33
Usos Amorosos de la Posguerra.....	41
Capítulo Tres: La Representación de la Mujer en la Literatura	50
Conclusión.....	65
Bibliografía.....	73

Introducción

En esta tesis, quisiera examinar la escritura de autores femeninos y cómo ha sido afectada por el franquismo y los sistemas de desigualdad que experimentaba. He elegido escribir sobre la autora Carmen Martín Gaité, que vivía entre 1925-2000, y cuyas novelas exploran el tema de una mujer viviendo bajo la dictadura de Franco, para aprender más sobre la vida cotidiana de la mujer típica en España y cómo las leyes antiguas la afectaban. Voy a enfocarme en las obras de Desde la Ventana, Entre Visillos, y Usos Amorosos de la Posguerra, que elegí por sus protagonistas femeninas y su crítica del gobierno español y, aunque Martín Gaité no las escribía tan obviamente, la manera de que revelan la falta de responsabilidad que siente el gobierno de no avanzar la situación de la mujer.

Cuando yo vivía en Madrid, me fijé en la diferencia entre el rol del hombre y el de la mujer. Mis observaciones sobre las relaciones entre los géneros en España me hacían pensar en la historia del país, y cómo las leyes antiguas todavía afectan la vida cotidiana del típico ciudadano español. Aunque hasta cierto punto han mezclado las esferas del hogar y la política, todavía hay un borde entre las posibilidades accesibles a la mujer y al hombre, como la oportunidad de ser representado en el gobierno o de trabajar con sueldo igual.

Me interesa examinar la institucionalización de la marginalización de mujer como ciudadana de segunda clase. Si enfocamos en las leyes españolas, las normas de la economía, y la influencia de los países, como Italia, que también tenía una dictadura fascista, es posible enterarse de la evolución de la mujer en la esfera pública, y cómo la mujer se comportaba en una situación tan difícil.

También quisiera examinar las diferencias entre las generaciones y cómo la mujer era tratada en diferentes épocas. Hay una generación que sólo conocía la dictadura de Franco, otra

que nunca ha vivido bajo su régimen, una generación que mezcla las dos. Quiero saber cómo se interactúan, y qué normas han internalizado después de casi cuarenta años viviendo bajo un dictador. También quiero saber cómo trata el dictador a las personas que no entienden su perspectiva, y qué derechos se consideran fundamentales y cuáles no se consideran así. Además, quiero aprender qué leyes o normas sociales causaron esta brecha generacional.

La situación de la mujer en una sociedad desigual ha formado una gran parte de la historia de España. La dualidad del binario de derechos para hombres / pocos derechos para mujeres y el estándar doble de los géneros son atrincherados en la mentalidad de los españoles. Por más de nueve siglos, cuando la norma es la marginalización de la mujer, es casi imposible cambiar la perspectiva y tratarla como si fuera una ciudadana con los mismos derechos que los hombres. Es difícil criticar una parte de la historia de la patria, y es más difícil ver que hay una desigualdad que merece crítica cuando ha sido una parte de la historia del país.

Por eso, es importante acudir a las voces de las oprimidas, de las ciudadanas que han sufrido en silencio por temer la reacción de los demás. Los autores femeninos dan una voz a las personas sin la capacidad de hablar y defenderse así. Tras las voces de las autoras femeninas, como la de Carmen Martín Gaité, es posible entender la realidad de una vida bajo un dictador que controló cada aspecto del pueblo. Gracias a las autoras, es posible conocer a otra España; no la de los periódicos o la de las noticias aprobadas y aprovechadas por la censura del gobierno, sino la España de la vida cotidiana, en la que para algunas la vida se había mejorado bajo el régimen nuevo, y para otras se empeoraba.

Las voces de las autoras femeninas hoy en día son más poderosas que en la época de la dictadura de Franco, cuando el sistema legal en su totalidad era formado para marginalizar a las mujeres. No se debe disminuir las voces de las mujeres que han luchado, con sus palabras, por la

igualdad de géneros y sus derechos propios, porque nos dejaron un rico legado de información que era suprimida hace poco tiempo. La meta de esta tesis es explorar cómo han logrado una voz mientras el país las querría mudas, y lo que hacían cuando la encontraron.

La cuestión de la historia de una sociedad que favoreció a los hombres merece una investigación porque no es posible conocer y planear el futuro de un país sin conocer la historia. España tiene una historia rica y triste a la vez, llena de poetas y poder, guerras y jardines, y todo contribuye a la España de hoy. Pero hoy España, con su nueva democracia, todavía está dividida en facciones; hay las que quieren regresar al pasado y los códigos napoleónicos; otras que quieren separar de España y vivir como un país distinto; y finalmente, las que quieren vivir en el país más democrático de Europa con leyes que permiten a una persona hacer lo que le gusta (con límites, naturalmente) sin temer el juicio de los más conservadores.

La España de hoy está al borde de una vida nueva, una en que las cuestiones más controversiales, como los derechos de las mujeres, son legales o una que ha regresado, como la España antes de la Segunda República, a todas las tradiciones antiguas que tratan a las mujeres como si fueran objetos y no sujetos que merecen las mismas dignidades y derechos que los hombres. Es importante examinar la historia de España y qué efecto las leyes y las instituciones tenían para la gente española. No puede ser sólo una cuestión económica o de datos oficiales. Para entender cierto efecto de las acciones del pasado ejerce en la España actual, es importante entender el efecto negativo, el lado no romantizado (o, quizás, romantizado sin conocimiento de la verdadera vida) sino marginalizado, callado, ignorado y menospreciado por los vencedores – los ganadores que florecían bajo el régimen opresivo de Franco.

Entender los efectos de las leyes de la España antigua es entender que una tradición no necesariamente merece ser repetida sólo porque es considerada una tradición. Para examinar las normas y los efectos en las mujeres de España durante la dictadura, quiero mostrar que si España quiere que la cultura española sobreviva, tiene que darse los derechos a las mujeres, porque después de siglos de opresión, las mujeres españolas no soportarán otra época de opresión, una en qué sólo les valen por su belleza o la castidad. Y si España no sólo quiere sobrevivir sino vivir – y florecer – los hombres también tienen que apoyar a una nueva España, una en la cual cada ciudadano tiene los mismos derechos y la marginalización de un género no es codificada en las leyes gubernamentales.

La dictadura de Francisco Franco, que duró casi cuarenta años, desde 1939 hasta su muerte en 1975, ha afectado la literatura española, y, en particular, la literatura de las mujeres. Durante su tiempo como dictador, Franco (nació Francisco Paulino Hermenegildo Teódulo Franco de Bahamonde) regresó a las tradiciones antiguas de tratar a las mujeres, un resurgimiento de la “cultura tradicional,” en las que las mujeres fueron relegadas a la esfera privada (Enders y Radcliffe 19). Regresó a una época en la cual la mujer pertenece al hombre. Sin embargo, antes de la dictadura de Franco, España tomaba unas ideas de modernización de otros países que también querían modernizarse.

Desafortunadamente por la mitad de la población, los ideales nuevos de modernizar resultó la marginalización deliberada de las mujeres en el ámbito político (Enders y Radcliffe 19). Estas ideas vienen de la tradición durante la época del gobierno napoleónico, de 1808 hasta 1814 (Enders y Radcliffe 20). Es posible trazar las raíces de desigualdad entre los géneros hasta el siglo XIII, con la tradición literaria del mester de clerecía, “El Milagro XXI,” escrito por Gonzalo de Berceo en su obra *Milagros de Nuestra Señora*, una mujer piadosa sufre el castigo

por estar inesperadamente embarazada. Para entender las raíces del binario absoluto de los géneros, sólo hay que leer el texto famoso de Fray Luis, “La Perfecta Casada,” (1583) y qué demarca los roles de la mujer y describe qué tiene que hacerse así (de León).

Pero si nos enfocamos en la invasión de Napoleón, vemos el binario rígido entre los sexos en términos diferentes. Durante el siglo diecinueve, había oportunidades de educación para las mujeres de la clase media, no sólo para las de la aristocracia (Enders y Radcliffe 20). Al no permitir la educación de las mujeres y mantener un ‘equilibrio’ de poder que favorece al hombre, los hombres establecieron un sistema patriarcal que mantenía el estatus de la mujer como persona de clase segunda. La codificación del sexismo (aunque nadie lo describía así) en las leyes aseguró que las mujeres siempre fueron consideradas la propiedad de un hombre (Enders y Radcliffe 20). En 1889, 75 años después del fin del gobierno de Napoleón, el artículo 57 del Código Civil dijo que el esposo tenía que proteger a su mujer y la mujer fue obligada a obedecer a su esposo (Enders y Radcliffe 21). Este código civil viene del Código Napoleónico, uno de los últimos legados de la ocupación francesa (Enders y Radcliffe 21).

En el siglo diecinueve hasta el principio del siglo veinte, ocurrió una serie de eventos violentos y prolongados; la invasión Napoleónica (1811-1814); tres guerras Carlistas (1821-1823, 1833-1840, y 1869-1876); cuatro guerras grandes y coloniales (1810-1825, 1868-1878, 1895-1898, y 1919-1926); y varias campañas más pequeñas (Payne 7). El efecto económico en el país fue sustancial: el crecimiento de la economía fue reducido tal como el real erario (Payne 7). A diferencia de otras guerras, que habían reunido al país, las guerras Carlistas no unieron a los estados españoles y de hecho no resultó un sentido de orgullo nacional o patriotismo. Como siempre, había un sentido de regionalismo en el País Vasco, Cataluña, y Galicia, y por eso fue

difícil mantener un sentido unido de patriotismo a través de España. En comparación con los otros países de Europa, la falta de un sentido de identidad nacional en España era muy rara. Aunque España tiene una larga historia de regionalismo, rara vez ha sido considerada un país unificado (como bajo Isabel y Fernando), y las guerras civiles no apoyó la unificación del país.

Por la mayor parte de la historia de España, el gobierno se había identificado con la iglesia católica. Desde los siglos VIII y IX, bajo el reinado de Alfonso II de Asturias (791-842), los españoles han identificado con el catolicismo latino, que viene de las poblaciones más antiguas, como los romano-visigodos del norte de España (Payne 7). La iglesia católica ponía mucho énfasis en la importancia de observar la doctrina y las tradiciones de la Biblia, y en los siglos dieciocho y diecinueve, los sentimientos de nacionalismo fueron confundidos con el clericalismo (Payne 8). Esta confusión y mezcla de identidades aminoran la velocidad del crecimiento social hasta detenerlo. Por eso, las tradiciones fueron consideradas el estándar, y había pocos cambios a las leyes y al sistema legal por lo general.

El regeneracionismo¹ influyó ambos de los partidos políticos ya establecidos en 1900. En la década que sigue había un movimiento de animar las “fuerzas vivas,” las personas de la clase media que eran, por lo general, católicas que seguían las leyes pero que eran menos interesadas en la escena política (Payne 11). Empezó el movimiento del pretorianismo, una reacción a los problemas civiles y la falta del sentido de unidad en España, y no una causa de ellos (Payne 14). Aunque los esfuerzos de animar a la clase media tenían éxito, la norma política entre los años 1919 y 1923 causó un problema militar de que el ejército fue culpable pero no lo admitió (Payne

¹ El regeneracionismo es un movimiento en el que las personas de diferentes generaciones empezaban a identificarse con su generación. Por ejemplo, en los Estados Unidos, los “Baby Boomers” se identifican así (que tiene ciertas implicaciones políticas) mientras las personas de la Generación Y se identifican con las personas y las teorías sociales de su misma generación.

13). Estos problemas militares son representativos del modelo de la tradición política española: un ejército politizado.

Antes del año 1923, la dictadura militar no era un aprieto. Los gobiernos españoles seguían, de una manera u otra, las normas del régimen anterior. Antes de la dictadura de Franco, sólo habían dos líderes militares: General Baldomero Espartero, que gobernaba desde 1841 hasta 1843, y General Francisco Serrano, que controlaba brevemente durante dos regimenes breves entre 1868 y 1874 (Payne 16). Pero en el siglo veinte, el ejército empezó a influir más la política, especialmente después de la primera Guerra Carlista. En 1917 había una “proto-revolución,” que abrió la puerta de la revolución más grande de 1923, la cual fue dirigida por Miguel Primo de Rivera (Payne 17).

Como la mayoría de los gobiernos españoles, había un énfasis en las tradiciones católicas. Bajo el régimen parlamentario, no existía una forma politizada del catolicismo, porque la iglesia identificaba más con el sistema ya establecido en la segunda mitad del siglo diecinueve (Payne 24). Entre 1923 y 1924 la Unión Patriótica fue creada, con la intención de apoyar al gobierno y representar los intereses católicos. Al principio de 1924, los ideales del patriotismo y del catolicismo de la Unión Patriótica fueron adoptados como la nueva fachada política del régimen (Payne 24).

En los cinco años que seguían la adopción de la Unión Patriótica como plataforma política, más de un millón de miembros juntó al grupo. Las doctrinas de la UP fueron basadas en un ‘renacimiento’ de la ideología histórica española e intentaban crear un sentido de nacionalismo positivo en España (Payne 25). La UP era uno de los primeros esfuerzos del nacionalismo en España, y hacía posible el estilo de huelga popular que reapareció durante la Segunda República.

Sin embargo, hay que decir que el gobierno bajo Primo de Rivera no era tan difícil como el que se instaló después de la Guerra Civil. En los años después de 1939, muchos españoles decían que su vida con Rivera era mejor. En la época de depresión y opresión que ocurrió después de la Guerra Civil, el régimen moderado de Primo de Rivera fue percibido como mejor. Es importante notar que, aunque el régimen de Rivera no era tan malo, sus posiciones políticas ofrecieron una receta, de tipo, para la dictadura más extensa de Generalísimo Francisco Franco. Incluye el estado organizado por la autoridad de un general militar, el énfasis puesto en las corporaciones, y la identificación fuerte con la política del derecho de la iglesia católica (Payne 25).

Al mantener tantas leyes antiguas creó una brecha en España, entre los tradicionalistas y los modernistas, de la cual resultaban dos Españas. Para los modernos, la España antigua era al revés, mientras los tradicionalistas pensaban que los modernistas eran anti-españoles (Enders y Radcliffe 20). Los modernistas pensaban que la imagen de la mujer nueva, la cual seguía las normas europeas de la democracia, el liberalismo, y el socialismo, significó el desorden social y una decadencia nacional; una imagen que se opone a España (Enders y Radcliffe 20).

Los esfuerzos de los tradicionalistas triunfaban más que los modernistas, de los quienes resultaron las esferas separadas y distintas que constituyó la norma cultural hasta la mitad de los 1970s, después de la muerte de Franco (Enders y Radcliffe 21). La brecha entre el rol del hombre y el de la mujer, aunque criticada, no cambió mucho en el siglo veinte. Con la excepción de los años de la Segunda República en 1931-1939, había pocos cambios a las leyes hasta los 1970s y 1980s, durante la nueva democracia, cuando el sistema legal de España correspondió a los sistemas europeos con respeto a la igualdad entre los géneros.

Los partidarios de Franco creían que la Segunda República era una amenaza para la existencia de España, y Franco prometió a los ciudadanos de España que él podía reanimar a la España tradicional y católica, usando las ideas de “Patria, Puridad, y Poesía” para controlar la sociedad española pos-guerra (Balfour y Quiroga 37). Cuando los nacionalistas ganaron la Guerra Civil in 1939, ellos decidieron que la única manera de tratar con las personas que no seguían sus políticas fue matarlas. Entonces, había una época de “re-educación,” que incluyó batallones de maniobras, campos de concentración, y ejecución en masa ² como “disciplina” a los republicanos cuyas opiniones políticas no cumplieron con las de Franco (Balfour y Quiroga 38).

Franco quiso crear una España unificada, patriótica, un país con “unidad de destino en lo universal,” que refiere a una España mitificada y antigua que viene de una tradición de varias regímenes que gobernaban a Europa, a las Américas, a África, y a Asia (Balfour y Quiroga 39). Esta España nunca había existido, y Franco no logró en hacerlo existir. No obstante, el Generalísimo tenía éxito en crear los ideales para seguir los valores apoyados por la iglesia católica, y los dos evocaron los dos lados de España: la España verdadera contra la España anti-española para hacer más fácil la separación de los que apoyaban a Franco contra los que no (Balfour y Quiroga 39). Hasta sus últimos días, Franco apoyaba la idea de las dos Españas, divididas en un binario, entre “los vencedores y los derrotados, lo bueno y lo malo, cristianismo y comunismo, civilización y barbarismo, catolicismo y un estado secular” (Balfour y Quiroga 39).

La idea de las dos Españas era para promover el patriotismo. Al poner un grupo contra el otro, Franco quería mostrar que había un grupo correcto e ideal que los otros deberían intentar de imitar. Sería mejor ser parte del grupo correcto que el incorrecto, y por manipular los

² Lo mismo ocurrió con los separatistas, como los catalanes, los gallegos, y los vascos. Franco les interpretó como anti-Españoles, y por eso sufrieron mucho bajo su dictadura; incluso no les permitió hablar sus propias lenguas en la esfera pública y mandó que sólo hablen y aprendan en castellano.

pensamientos de los españoles así (junto con el esfuerzo militar), Franco era capaz de mejor controlar el país. Para unificar a España con los ideales del patriotismo, Franco también se la aisló.

Capítulo Uno: Las Mujeres en España bajo la Dictadura de Franco

Desde la Edad Media, han existido dos sistemas familiares en España. En uno, el mayorazgo, sólo el hijo mayor heredó la tierra y el dinero de sus padres, pero tenía que vivir con ellos y cuidarles cuando se envejecían. En el otro, la herencia fue dividida igualmente entre los hijos, y el hijo que vivía con los padres no recibió la mayor parte del dinero (Reher 67). En ambos casos, ni la hija ni los otros hijos no recibió su parte justa de la herencia para mantener la integridad de la estancia familiar.

El casamiento del hijo mayor era muy importante porque él aseguraría el linaje de la familia. Para las hijas, los padres les dieron una dote para hacerla más valiosas como cónyuge, y aun así, el mercado de novios era limitado (Reher 71). Si habían más de dos hijos menores, ellos recibían muy poco y tenían que casarse con alguien con mejores oportunidades porque las familias tenían poco dinero, no tanto para repartir las dotes a cada niña. A veces, la familia no la daría dinero a la hija menor para asegurar que ella no abandonara a los padres cuando se envejecían. Ella tenía que trabajar por sus padres toda su vida y esperar que cuando murieran, se le harían dejado un poco de dinero para vivir y cuidar la poca tierra que le quedaba.

Como se ve en la Edad Media, las mujeres bajo la dictadura de Franco tenían pocos recursos si quisieron mantener su estatus o su herencia. Las solteras o viudas tenían la mayoría de las opciones. Ellas se consideraban personas con sus propios derechos. El divorcio era ilegal y era casi imposible escapar del casamiento, aún ocurrieran casos del maltrato o del abuso físico, ellas tampoco tenían el derecho de controlar su propia herencia. Aunque el divorcio era ilegal, algunas parejas se separaron y vivían en casas diferentes para hacer mejor sus situaciones. La

marginalización de las mujeres era tan atrincherada en la mentalidad de los españoles que había poca oposición a los códigos legales que Franco introdujo en la Constitución.

La mayoría de los republicanos que apoyaban el sufragio femenino fue matado por mandato de Franco (Enders y Radcliffe 21). Él los consideró contra-España, y su falta de patriotismo fue suficiente para merecer la muerte. Los historiadores piensan que más de 61.000 españoles murieron en el primer año de la dictadura de Franco por sus creencias políticas, una cifra que incluye a casi 7.000 clérigos. La realidad triste es que casi 300.000 personas murieron de la violencia durante el régimen de Franco (Payne 216). Los ciudadanos españoles murieron tanto por sus creencias políticas como por el hambre o la enfermedad. Aunque muchos españoles creían en el mito de “un millón de muertos,” era eso solo: un mito apreciado pero no basado en los datos; había 300,000 muertos, no un millón (Payne 218). La Guerra Civil inspiró mucha represión a ambos lados, la “verdadera España” contra la “anti-España,” y la dictadura de Franco no eliminó la represión sino la organizó mejor.

Franco se consideraba a sí muy católico, y él decidió que la religión oficial del país sería el catolicismo, que era la religión tradicional. En una tentativa de rehabilitar a las mujeres cuyos maridos fueran asociados con la República, Franco consiguió la ayuda de las monjas, quienes administraron unas cárceles para mujeres (Payne 225). Querría una España unificada en la religión, y una parte del proceso de unificación era la rehabilitación de prisioneros a practicar el catolicismo. Para mantener a España como un país muy católico, Franco deshizo la secularización que ocurrió durante la Segunda Republica. En la década de los 1940s, España experimentó un resurgimiento del catolicismo, hasta el punto de que los ritos sagrados³ fueran incorporados a las demostraciones públicas (Payne 363).

³ Aunque fue común para miembros del clero a asistir las demostraciones de Franco, había algunos que decidieron que sus mensajes fueron contra las ideales de la iglesia, y ellos rechazaban las invitaciones de

De acuerdo con las ideas de la iglesia católica, Franco hizo ilegal el divorcio, el aborto, y el uso los anticonceptivos (Payne 362). La parte de la población más afectada por estas leyes eran las mujeres. Fue considerado imposible actuar contra las leyes del estado, y esta imposibilidad significa para la mayoría de las mujeres una vida enjaulada. Sin oportunidad de escapar un casamiento malo o el maltrato, las mujeres desaparecieron dentro de sus casas para cuidar a sus niños. Durante este periodo, el texto prescriptivo de Fray Luis, La perfecta casada se hizo un regalo popular para las mujeres recién casadas (Morcillo Gómez 52). Es importante recordar que Fray Luis escribió La perfecta casada en el siglo dieciséis. Que los roles de la mujer en la época de Franco se consideraban iguales a los desde hace cuatro siglos nos dice mucho sobre el estatus de la mujer bajo la dictadura.

Los roles también seguían las normas ideales que Franco había puesto en marcha; las ideas de la marginalización y el menosprecio del valor de las mujeres en situaciones fuera de la casa, como en el mundo político o en el lugar del empleo. Según Franco, la mujer tenía que ser ama de casa, una persona que mantenía el poder nacional fuera de la esfera política pero que no tenía su poder propio. Era un equilibrio delicado, pero los hombres contribuyeron al mantenimiento del estatus inferior de la mujer. Franco fue convencido de que España podría sostenerse sin la ayuda de otros países. Por eso, él necesitaba que los hombres trabajaran muy duro para avanzar la economía. Después de separar los roles de los hombres de las de las mujeres y poner a los hombres en una posición de poder social por medio de su responsabilidad económica de mantener el país, Franco aseguró que había un desequilibrio entre los géneros; otra herramienta para mantener la marginalización de las mujeres.

Franco de llegar y dar bendiciones a la multitud. El arzobispo Pablo Seguro de Sevilla es una figura notable que no temió de decir que la decisión de Franco de poner los ritos sagrados en el contexto de su régimen política era una profanación de lo sagrado. Para más información, ver el capítulo “The Apex of National Catholicism” que ocurre en la tercera parte del libro de Stanley G. Payne.

Como ya hemos visto, las mujeres fueron consideradas de segunda clase por muchos siglos. Cuando Isabel la Católica, se casó con Fernando de Aragón en el siglo XV, la discusión del lugar de la mujer era el tópico de discursos a través de Europa. La ideología dominante era que la mujer, como descendente de Eva, era “manipuladora, pecaminosa, crédula, y delicada,” y esta ideología quedó la dominante hasta el siglo veinte, cuando el estatus de la mujer cambió desde “pecaminoso” hasta “más falible,” significando un cambio de perspectiva, por muy poco que sea (Smith 19).

Es importante decir que aunque la ideología dominante era misógina, no significa que no habían escritores que creían que las mujeres tenían valor. Cincuenta años antes después de la boda de Isabel y Fernando, el autor Enrique de Villena escribió un capítulo dedicado a las virtudes de las mujeres y sus contribuciones a la sociedad. Desafortunadamente, los textos de Villena y los autores similares sólo enfocaban en cambiar la idea de la inferioridad inherente de la mujer y no cómo el cambio de pensamiento la afectaba directamente y en la sociedad por lo general (Smith 19).

Cuatro siglos después del casamiento de Isabel y Fernando, Franco reiteró las mismas ideas de la mujer como ciudadana de segunda clase. Las expectativas de la mujer, que antes incluyeron trabajar en las granjas con la tierra como el resto de la familia y entender y ser encargada de la situación financiera de la familia, cambiaron mucho bajo el régimen franquista. Franco tenía una imagen idealizada de la mujer española, que incluía ser doméstica, piadosa, cariñosa, y contenta de dejarle al hombre las responsabilidades importantes que podía entender mejor las situaciones políticas o económicas.

Un ejemplo de una de las responsabilidades masculinas era el de votar. En las elecciones municipales, sólo los jefes de la casa podían votar, una vez que muestra la jerarquía de la familia

organizada por Franco (Payne 353). En una escala de superioridad, los hombres maduros o casados tenían más poder, luego los hombres no casados o más jóvenes, luego las mujeres viudas, y por último las mujeres casadas, solteras, o jóvenes. Bajo la Segunda República, las mujeres podían votar en las elecciones⁴, un derecho que ellas no disfrutaron bajo el régimen nacionalista. De hecho, las mujeres españolas no ganaban el derecho de votar de nuevo hasta la muerte de Franco en 1975.

El régimen de Franco desperdició los derechos de la mujer. Bajo Franco, las mujeres españolas perdieron más que el derecho de votar; perdieron sus libertades. La iglesia católica imponía su visión moral en las mujeres españolas, limitando sus libertades y relegándolas a la esfera doméstica, dónde podían soñar sobre la posibilidad de ser madres y poco más (Shubert 214). Franco restituyó el Código Civil de 1889, que hacía a las mujeres legalmente subordinadas a sus esposos, y estableció un doble estándar legal del acto de engañarse: los líos del hombre tuvieran que crear un “escándalo público” antes de que la ley permitió a la mujer decir que su marido hubiera cometido el adulterio; mientras la misma ley permitió al marido o al padre matar a su esposa o hija por manchar la honra de la familia si la encontró *in flagrante delicto* (Shubert 214). Georgina Dopico Black, autora de Perfect Wives, Other Women describe las dificultades de ser mujer casada y enamorada de otro hombre. La “*Recopilación de las leyes destos reynos hecha por mandado de la Magestad Cathólica del Rey Don Philippe segundo, nuestro Señor,*” de 1569 también llamada *Nueva recopilación*, manda “if a married woman commits adultery, she and the adulterer both shall be at the mercy of the husband” (Dopico Black, 114). Esta misma desigualdad es el tema del cuento corto “El Artículo 438” de Carmen de Burgos, escrito bajo el régimen de Franco para mostrar la injusticia presente en la vida de la mujer española, y

⁴ Las mujeres no podían votar a menos que fueran las jefas de la casa; las viudas cuyas esposos muertos le daban el derecho de mantener la casa. Pocas veces, Franco permitió a las mujeres votar en “referenda,” aunque, como era dictadura, los referenda no significaban mucho.

cómo ella estaba impotente de protegerse de un marido abusivo o emborrachado. No obstante, en las últimas meses de la dictadura de Franco, los hombres perdieron su estatus como jefes de la familia, un factor importante en el sufragio femenino que surgió después de la muerte del Caudillo (Shubert 216).

Durante la Ilustración en España, la educación de la mujer fue centrada en la idea de la mujer como madre, y la educación privada femenina enfocó en evitar los excesos y vivir con dedicación a la familia (Smith 151). La mujer española aprendió la económica para ayudar a su esposo a administrar la casa. Una mujer industrio que sabía la importancia del dinero y organizar las finanzas de la casa sería una esposa que apoyó a su marido. Gastar demasiado dinero en cosas superfluas podría arruinar a la familia o la reputación del hombre. Pero la mayoría de las mujeres que tuviera la suerte de una educación – aunque sexista – era de la clase alta o media-alta (Smith 151). Las demás tuvieron que casarse con un hombre que controló las finanzas de la casa sin ayuda, o irse al convento. En ambos casos, la mujer quedaba bajo la vigilancia del patriarcado. Las mujeres educadas no aprendieron de la geografía mundial ni de la historia sino de cómo cuidarse por la casa, una tarea que incluyó la crianza apropiada de los niños. Según la ideología de la época, criarse a los niños era una obligación “esencial” en los quehaceres de la mujer, cuyos valores eran adjuntados inextricablemente con el éxito de sus niños y de su familia (Smith 151).

Durante la dictadura, se separaban las mujeres y los hombres en escuelas distintas, porque el nuevo gobierno prohibió la co-educación, y mantuvo esta prohibición por treinta años (Shubert 216). Según la iglesia, la co-educación era “an offense to morality” (Morcillo Gómez 53). Durante la Segunda República, el acceso a la educación de la mujer se mejoró. Francisco Ferrer Guardia, un anarquista famosa, era un proponente de la co-educación como una manera de

hacer igual a los sexos. Lentamente, la presencia de las mujeres en las universidades españolas creció, un indicio de un interés extendido en la educación. Pero con el avenimiento del régimen de Franco, el progreso en la co-educación paró bruscamente, y la única educación apropiada para la mujer fue la preservación de los valores femeninos, un tema fundamental de preservar los ideales de la mujer española católica (Morcillo Gómez 54-55). La meta de la educación femenina no era mejorarse como intelectual, sino enseñarle la importancia de mantener la castidad, tanto la física como la espiritual (Morcillo Gómez 56).

Más reciente, el movimiento femenino de educarse ha influido muchos aspectos de la vida española. Por ejemplo, el conocimiento de los avances médicos ha contribuido a bajar el índice de la muerte infantil y la muerte durante el parto y la niñez (Reher 279). La esperanza de vida de las mujeres en España ha subido de 75.2 años en 1960 a 79.7 años en 1990 y 85.2 en 2011, ayudado por la educación de las mujeres. Una mujer educada hace decisiones más sanas por sí misma y por su familia; comida mejor, más actividad física, mejores oportunidades de expresarse de una manera creativa, todos los progresos que ayudan la salud emocional. Los cambios que ocurrían dentro de España después de la muerte de Franco eran revolucionarios (Reher 279). Una mujer educada era capaz de cambiar su mundo.

Según las voces más populares de la época, en la Ilustración, el hombre tenía una diferencia natural; su cuerpo era más fuerte, más capaz de protegerse a sí y a su familia, mejor para el trabajo en el campo o para defender a su patria. Por otro lado, la mujer no fue construida por la política; tenía un cuerpo más fino y más delicado, más adecuado de nutrir a los niños que pudieron crecer y dirigir el país (Smith 155). En parte, esta diferencia natural viene de la Biblia, que explica muy claramente que el hombre y la mujer pertenecía a esferas distintas. Pero es importante notar que la diferencia entre los géneros no empezaba con el mandato de Díos,

porque había una diferencia entre los géneros en muchas culturas y en muchas épocas. No es que Dios la mandó por primera vez, sino que la mandó de acuerdo con las normas antiguas. La ideología de las esferas distintas de la Ilustración en el siglo dieciocho seguía hasta la segunda república, cuando las mujeres ganaban el derecho de votar y estar presente y activas en la esfera política. Desafortunadamente, el régimen de Franco regresó a la ideología del siglo dieciocho y de los siglos anteriores (Smith 155).

A pesar de que la esfera doméstica fue donde ‘perteneían’ las mujeres, habían mujeres que empezaban a trabajar durante la Guerra Civil y continuaban con su empleo durante el régimen de Franco. El grupo CNT, la Confederación Nacional de Trabajo, inspiró el movimiento de contratar a las amas de casas de trabajar en fábricas con los textiles (Ackelsberg 74). Las revistas de la CNT tenían artículos sobre el sufragio femenino y la integración de la mujer en el lugar del empleo. Los artículos enfocaban en las contribuciones de las mujeres como trabajadoras sindicadas. Aunque las mujeres eran instrumentales en gobernar el transporte público en las ciudades más grandes, y aunque los sindicatos cooperaron con la integración de la mujer como trabajadora, no es posible decir que las mujeres lograban la igualdad (Ackelsberg 74).

Las mujeres no conseguían semejanza perfecta en los campos del sueldo, de las horas, o de la división del labor por género. No había una apariencia de la igualdad en cualquier aspecto del trabajo. La CNT afirmaba la idea del “sueldo único,” pero las compañías la realizaban con poca frecuencia. Algunos empezaron a usar un grado de sueldos, en el cual los trabajadores que tuvieron los trabajos más duros recibieron más dinero⁵. Un ejemplo muy común tenía tres

⁵ Una anécdota: En una casa de ópera en Barcelona, unos trabajadores propusieron que todos los trabajadores recibirían el mismo sueldo, y los cantantes estaban de acuerdo, con la condición de que los acomodadores y los tramoyistas tomaban turnos cantando para la audiencia. El grupo que propuso la idea la abandonó con rapidez (Ackelberg 74).

niveles: los hombres responsables, las maestras, y los aprendices (Ackelsberg 75). Los hombres responsables, el jefe, el capataz, y los electricistas recibieron más dinero. Las maestras recibieron menos que los hombres responsables y los aprendices recibieron menos que las maestras.

Aunque las mujeres contribuyeron a la mayoría de la población activa en las varias compañías, recibieron menos dinero. Los jefes la justificaban con el dato de que la obra de las mujeres fue más fácil que la de los hombres. Pero los empleos que necesitaban personas fuertes no aceptaban a las mujeres, contribuyendo a la marginalización de la mujer. Es decir: las mujeres no recibieron los empleos más exigentes o pesados porque eran demasiado difíciles, que resultó la idea de que las mujeres no eran capaces de hacerlos y merecieron un sueldo bajo el hombre (Ackelsberg 75).

Teniendo en cuenta la posición inferior de la mujer en las fábricas, no se sorprende de que no tenía las oportunidades de contribuir al nivel alto de las organizaciones y los sindicatos como CNT. Los hombres cargados de iniciar los cambios pensaban sobre la emancipación de la mujer en términos del trabajo, si pensaban sobre la emancipación en absoluto (Ackelsberg 76). El dominio del hombre en los movimientos de los sindicatos (incluso el hombre que se consideraba a sí mismo un feminista) hacía daño al movimiento feminista, porque los hombres hicieron decisiones basadas en su conocimiento de la esfera pública de la mujer, sin pensar en su vida doméstica (Ackelsberg 76).

Según las mujeres que trabajaban antes de casarse, la vida doméstica era aburrida y difícil. Se sentían aisladas del mundo, cerradas en sus casas como si fueran jaulas. Ellas pensaban nostálgicamente en los tiempos en los que habían trabajadoras, cuando pudieron iniciar una huelga y ser oídas cuando algo difícil o injusta se les presentaba (Shubert 141). En la casa, sola, nadie las escuchaba porque sus deseos eran menos importantes que los de sus maridos. No

contribuían a las finanzas de la casa, no pudieron lograr sus metas personales, eran esclavas al deseo masculino. Sin la identidad personal, las mujeres, antes individuales, llegaron a ser mujeres casadas cuyo único trabajo era sacrificarse por la familia (Shubert 141).

Muchos hombres pensaron que la integración de la mujer en la población activa significó una gran realización en la lucha de los derechos iguales, porque permitió a la mujer la oportunidad de trabajar como igual al hombre. Pero muchas mujeres no estaban de acuerdo con la integración. Los hombres no pensaron en la esfera doméstica. Las mujeres que trabajaban en las fábricas tuvieron que regresar a su casa y trabajar allí, cumpliendo las expectativas de la mujer idealizada. En esencia, la mujer que trabajaba con el hombre tuvo dos empleos; uno en el que recibió un sueldo y otro en el cual que no recibió nada. Este “trabajo doble” era un cambio difícil de hacer, y muchas mujeres necesitaban tiempo para adaptarse al nuevo horario. Algunas personas notaron la dificultad, y el cargo puesto en los hombros de las mujeres, pero pocos ofrecieron una alternativa o una solución para ayudarlas (Ackelsberg 76). A pesar de su integración a la población activa, la mujer siempre será visto primero como madre.

Pero ser vista inicialmente como madre no era completamente malo. Aunque ignoradas o marginalizadas en la mayoría de los esfuerzos de Franco, es importante notar que la atención médica por las mujeres y por los infantiles mejoraron durante la dictadura. El índice de mortalidad infantil había reducido de 109 por cada mil en 1935, hasta 88 en 1945, y fue cortada a la mitad en 1955 con 55 muertos por cada mil bebés que nacieron vivos (Payne 391). Sería imposible ofrecer las oportunidades de atención médica a todos, considerando el estatus de España en aquella época en términos económicos, pero la calidad de la atención médica se mejoró notablemente. Se podría decir que las mejoras hechas en las dos décadas eran las más importantes, en términos de la calidad de la vida y la salud de la mujer española.

El énfasis de la atención médica era muy importante, pero según Lucía Sánchez Saornil, contribuidora a las revistas de la CNT, también era importante no reducir a la mujer a las tres etapas de vida: nacer, gestar, morir, (Ackelsberg 98). Las mujeres quedaban económicamente dependiente de los hombres, unas esclavaa por la sociedad patriarcal. Saornil opina que los hombres tuvieron que cambiar su punto de vista y reexaminar la posición de la mujer antes de que la mujer podría hacer cambios sociales. Saornil y los miembros de la CNT creyeron que la mujer fuera más que madre; fue una persona con derechos y deseos particulares. Ellos creían que la función de la mujer como madre superó su función como individuo. Los grupos como la CNT luchaban por el reconocimiento de la mujer como una persona (Ackelsberg 98).

Desafortunadamente, bajo el régimen de Franco, la mujer era poco más que una máquina que dio la luz a nuevos españoles. Un patrón aparece cuando examinamos las estadísticas de la fertilidad durante la Guerra Civil y la dictadura de Franco. Durante la Guerra Civil, un tiempo de disturbios civiles, había una declinación en el índice de natalidad (Reher 185). En los años cuarenta, el índice no era constante – probable porque después de la guerra las familias tenían que recuperar y no tenían los recursos que necesitaban los niños – pero entre 1955 y 1975 el índice fue bastante alto (Reher 185). Podemos atribuir el declive en el número de bebés en las décadas de 1920 y 1930 a las maneras de contracepción. También el rato de divorcio, estrés económico, y el sufrimiento causado por la guerra contribuyeron al índice bajo.

Pero después de la guerra, el índice subió por la reunión de las familias y la ley que proclamó que los anticonceptivos eran ilegales (Reher 186). Los ratos altos de la fertilidad en España no seguían los ratos de Europa en general, quedando más altos que aquellos. También el índice de casamiento subía durante los años 1960, parcialmente porque la calidad de la vida española había mejorado. La norma era casarse joven y tener muchos hijos, una ideal de la

familia nuclear que sigue las ideales de la iglesia católica, la doctrina dominante de la época (Reher 186). De hecho, las familias grandes recibieron premios por seguir los valores tradicionales de la iglesia católica, que coincidieron con los valores del régimen de Franco (Shubert 212). Los anticonceptivos eran ilegales hasta 1978, una prohibición que apoyó la aumentación de la familia española grande (Shubert 212). El uso de anticonceptivos no fue tan popular en España como en otros países, y había una diferencia marcada en el uso; las mujeres jóvenes y más educadas eran los grupos que usaban los anticonceptivos más y no *coitus interruptus* (el método más popular de las generaciones anteriores). En Europa durante 1978, más de 90% de parejas usaban los contraceptivos, pero dentro de España, sólo la mitad de las parejas los usaba (Shubert 213). Como siempre en España, los hombres se encargaron de decidir en el tipo de anticonceptivos, con ellos usando 59% de las maneras disponibles. La píldora, el anticonceptivo más popular en los Estados Unidos y en Europa, no era tan popular en España, usada por menos de 25% de las parejas españolas. Así es que la mayoría seguía con el método del *coitus interruptus* (Shubert 213).

Después de la muerte de Franco en 1975, el índice de natalidad bajó a un rato increíble, la declinación más rápida en la historia de España. El índice de natalidad baja sigue hoy en día; España tiene unos de los más bajos índices de natalidad en todo el mundo (Reher 186). Durante los 1970s, una pareja regular tenía 2.8 niños. En 1981, tenía 2.0 hijos, y en 1991, 1.31. Si esta tendencia siguiera, significaría que España tendría un índice de natalidad bajo lo necesario para reemplazar la población (Reher 186). Es decir: es probable que la población de España va a bajar en el futuro con el uso de contraceptivos (finalmente legales), una edad más alta de casamiento típico, menos gente casándose, y con la represión económica.

Otro factor en el declive del índice de la natalidad y el casamiento es el cambio socio-económico que ocurrió después de Franco. El de la mujer cambió mucho después de la muerte del Caudillo, un evento que trajo el fin de la dictadura. Las mujeres, las amas de casa, eran los miembros más importantes en la vida familiar de los españoles. El ciclo de la vida de la familia dependía de su capacidad de reproducir y continuar el linaje de la familia. Antes del fin de la dictadura, la mujer típica trabajaba en los años antes de casarse, y cuando se casó, dejó la esfera pública y la población activa, intercambiándola por la esfera doméstica. La meta de la mujer típica (según los hombres) era casarse, gastar, y cuidar los niños hasta que ellos podrían dirigir la casa o el negocio familiar (Reher 274). Las mujeres gastaban sus años más productivos en criar a los niños.

En 1900, para asegurar la continuación del linaje, una mujer tenía que dar luz a seis niños, porque el índice de mortalidad de los niños fue muy alto. Pero en los 1950, sólo tres o cuatro niños fueron suficientes para asegurar el linaje, que dio a la mujer más oportunidades de hacer algo más productivo con su vida. En los 1980s, la mujer sólo necesitaba tener uno o, a lo mejor, dos niños para asegurar el linaje familiar (Reher 274). Al llegar a este umbral se significaba que la mujer podía hacer más con su vida que embarazarse y cuidar a los niños. La mujer tenía la oportunidad de trabajar en el mercado laboral durante los años más productivos de su vida; algo que provocó un cambio económico en España. La brecha de educación que existía entre el hombre y la mujer antes y durante el régimen de Franco finalmente cerró, y las mujeres modernas finalmente tenían la oportunidad de hacer lo que quisieron con sus vidas (Reher 275).

Desde los 1990s, las mujeres españolas han aclarado sus deseos de ser participantes activas en la sociedad. Más mujeres están trabajando durante toda su vida, un cambio de la época de las mujeres que trabajaron antes de casarse. El índice de mujeres que se están matriculando en

las universidades, buscando una educación de nivel alta, nos ofrece una explicación para cómo el índice de mujeres que trabajan sigue bajando. (Reher 276). El efecto de más mujeres educadas en la dinámica familiar es dramática; con más mujeres educándose antes de que busquen empleo están casándose con más madurez. También la manera de cuidar a los niños está cambiando. Con las madres trabajando, las escuelas primarias y los servicios de guarderías son más comunes hoy en día que fue el caso hace 25 años (Reher 277).

No se sorprende que los hombres están rechazando el cambio de la mujer como madre a la mujer como trabajadora educada. La expectativa de la mujer como ama de casa todavía es popular, respaldada por casi mil años de tradición. Los hombres españoles no quieren añadir el trabajo de la casa a su horarios cotidiano, forzando a las mujeres a trabajar, otra vez, un “trabajo doble” (Reher 277).” Pero, poco a poco, un cambio de mentalidad está llegando a España. Después de la recesión, cualquier persona que tiene empleo tiene que mantenerlo, dejando las otras responsabilidades al otro miembro de la pareja. La carga de mantener la casa ahora se dividiría entre dos personas, que comparten y contribuyen igualmente.

Capítulo Dos: Las Obras de Carmen Martín Gaité

Carmen Martín Gaité es una de las autoras españolas más conocidas y famosas. Sus obras nos muestran una España distinta de la España de las noticias de la época. Sus novelas y cuentos cortos han formado una gran parte de la cultura literaria de las autoras españolas durante y después de la dictadura. Era una escritora capacitada, y escribía sobre la carga de la mujer durante los años del régimen nacionalista. También, ella era la quinta mujer⁶ de ganar el Premio Nadal, el más prestigioso del mundo literario español.

Según María Mayoral que escribió la introducción de “Entre Visillos,” ella era, una de “las pocas escritoras españolas que ha sabido romper los rígidos moldes de una literatura heredada para expresarse con su propia voz. Y cuando digo propia voz quiero decir también, entre otras cosas, voz de mujer” (Mayoral “Introducción”, *Entre Visillos*, 11). Los hombres publicaban la mayoría de los textos literarios hasta cierto punto, y ellos establecían por canon implícito una voz femenina, pero era una voz femenina interpretada por los hombres. Los libros de Martín Gaité no siguen las normas de la voz de la narradora femenina, y por eso, ella se estableció como una autora con la voz propia que permitió que una nueva generación de autoras escribiera de sus propias maneras.

Carmen Martín Gaité nació en Salamanca el 8 de diciembre, 1925, hija de un notario liberal. En Salamanca se licenció en filosofía y letras. Luego, recibió su doctorado de filología Romántico en la Universidad de Madrid, con su tesis “Usos amorosos del XVIII en España” (Pérez 137). Ella era una de los primeros miembros de la generación medio-siglo de realistas sociales, con su esposo Rafael Sánchez Ferlosio. Ellos se casaron en 1954, y tuvieron una hija,

⁶ La primera mujer (y la primera persona) que ganó el Premio Nadal era Carmen Laforet, que lo ganó en 1944 por su primera obra “Nada,” en la que la autora refleja la pobreza que se encontraba en España después de la Guerra Civil.

Marta. Carmen Martín Gaité escribió su primer cuento, “El Balneario,” en 1954, cuando tuvo veintinueve años. “El Balneario,” un cuento sobre una anciana con una vida aburrida pero con sueños misteriosos y extraños, ganó el premio y el reconocimiento del Café Gijón, un grupo de autores e intelectuales (Pérez 137).

Una estructura central en la ficción de Martín Gaité es el lenguaje y la narrativa. Como Virginia Woolf, ella tuvo que “rehacer un lenguaje literario para acomodarlo a las necesidades de ese mundo” (Mayoral *Entre Visillos* 12). De su tono natural, su uso de un lenguaje coloquial y académico, y su creación de personajes vívidos resultan libros llenos de vida. La falta de “pedantería, de presunción, de engolamiento, de pesadez erudita o profesoral, de autoritarismo, de suficiencia” es lo que caracteriza como la naturalidad de la voz literaria de Martín Gaité (Mayoral *Entre Visillos* 13). Ella podía escribir de una manera agradable a todos pero que todavía era fiel a sí misma; nunca fingió ser algo más que la que era. Sabía las limitaciones del mundo de expresión pero decidió escribir, manipulando las palabras como un instrumento fino para inspirar un nuevo mundo de literatura.

Las relaciones entre madres e hijos en los libros de Martín Gaité no son muy obvio; en lugar de una confrontación, su relación es más indirecta. Sus relaciones no son cara-a-cara sino explicaciones de la relación en escenas retrospectivas. En sus novelas anteriores, la domesticidad típica se hace a las mujeres incapaces de interactuar con sus niños (Bergmann 113). Ella reconoce las relaciones complicadas entre madres e hijos en la dedicatoria de su novela “Usos amorosos de la posguerra española,” escrito en 1994, que dice “Para todas las mujeres españolas, entre cincuenta y sesenta años, que no entienden a sus hijos. Y para sus hijos, que no las entienden a ellas” (Martín Gaité *Usos amorosos* 9). En sus novelas más recién escritas, los personajes femeninos tienen que encontrar un equilibrio entre el empleo profesional y el empleo

de ser madre. Martín Gaité describe personajes complejos, con ideas y deseos y metas personales; personajes que no suscribían al papel típico de la mujer española, aunque les importan a los niños y los esposos y el empleo de la casa (Bergmann 113).

Entre Visillos

Tres años después de publicar “El Balneario,” Martín Gaité publicó su obra señera Entre Visillos, que ganó el Premio Nadal en 1957. (Pérez 137). Entre Visillos es una representación auténtica de la vida de las mujeres jóvenes en un pueblo provincial de España después de la Guerra Civil. Martín Gaité cambia la perspectiva narrativa, y el lector ve los puntos de vista diferentes de los personajes distintos. El cambio de punto de vista en la novela ofrece al lector la oportunidad de conocer mejor a los personajes y aprender más sobre la vida típica de la gente en un pueblo después de que ganó el partido nacionalista en la Guerra Civil.

El uso de la primera persona en los capítulos del Profesor Pablo Klein y los capítulos del diario de Natalia nos muestra las diferencias entre las clases sociales. Natalia, con catorce años, utiliza los coloquialismos, y tras su voz Martín Gaité reproduce el ritmo de la lengua hablada (Mayoral *Entre Visillos* 16). Por ejemplo, cuando Natalia describe en su diario las intromisiones de su familia, dice “Que estudie en el salón” y “Que por qué esa manía de estudiar en mi cuarto con lo frío que está, que ellas no me molestan para nada...” (Martín Gaité *Entre Visillos* 243). Ella siempre habla de eventos cercanos, que ocurrían hoy o ayer o el día pasado. Por otro lado, los capítulos de Pablo Klein describen eventos que ya han pasado, pero el lector no sabe exactamente cuándo ocurren, ni sabe cómo está explicándolos, si es por novela o diario o carta o artículo o algo así.

Los capítulos de tercera persona cercana se hace en modalidad selectiva, es decir: el narrador tiene poderes limitados a lo que oye y ve. No sabe ni describe todo lo que ocurre. Reproduce los diálogos y los movimientos de las personas en la escena mientras informa al lector sobre los detalles pequeños pero importantes (Mayoral “Introducción” *Entre Visillos* 16). La narración de Martín Gaité es distinta de la narración típica del siglo XIX porque “no interviene con comentarios ni juicios de valor y se mantiene en una postura neutral. Tampoco hace uso de la omnisciencia para analizar lo que sienten los personajes o lo que piensan” (Mayoral *Entre Visillos* 17).

De lo que pasa por el interior de los personajes no sabe el lector, lo cual mantiene una distancia entre éste y los personajes – el opuesto del desarrollo de los pensamientos y sentimientos íntimos de Natalia y Pablo Klein en los capítulos escritos de primera persona. Los capítulos de narración omnisciente no ofrecen al lector una descripción física ni psicológica de los personajes de la novela, otra diferencia de la tradición de la narración omnisciente del siglo XIX (Mayoral *Entre Visillos* 18). En vez de descripciones físicas, Martín Gaité desarrolla las personalidades de los personajes a través de la voz del narrador omnisciente o por los comentarios de las cartas o los diarios de Pablo Klein o Natalia o Julia. Sus personalidades surgen lentamente con la evolución de la novela.

La novela revela las actitudes negativas provinciales hacia las mujeres educadas, y también revela los peligros del matrimonio, y las verdades difíciles que vienen con el casamiento. Por ejemplo, Martín Gaité nos presenta a Gertrú, que ya está prometida con quince años a un aviador que desea a una mujer bella e inocente, pensando éste que la edad de ella garantiza su virginidad. Invita a su boda a su hermana mayor, ya casada y encinta otra vez, cuya vida es un ciclo limitado de niños y argumentos con su esposo. Josefina, la hermana, “llevaba

pelo liso, recogido de cualquier manera, y las uñas sin arreglar;” no tiene tiempo por sí misma porque gasta todo el día cuidando a su niño y limpiando la casa que “tenía mucho desorden” por un esposo que no le ayuda (Martín Gaité *Entre Visillos* 257). Aunque las mujeres de la novela quieren casarse, el casamiento no es idealizado. Martín Gaité no tiene que escribir la novela con críticas fuertes, porque la realidad del ambiente restrictivo ya es crítica suficiente (Pérez 139).

La novela Entre Visillos no sólo revela los peligros del matrimonio, sino también las dificultades de ser mujer y vivir en un pueblo provincial. Había muchas expectativas de la mujer en aquella situación, y era muy difícil cumplir con toda. La cantante, Rosa, una mujer que se considera liberada porque ella se apoya a sí (y por eso desafía las convenciones de cómo ser una mujer), es aislada por la gente de la sociedad decorosa. Ella vive sola y tiene pocos amigos, aparte del extranjero Pablo Klein. Mientras tanto, la gente de la sociedad decorosa no sabe que ella, aunque es liberada, quiere casarse como buena mujer (Pérez 138). En los ojos de los demás, su decisión de ganarse la vida revela que es una mujer desobediente – una mala opción para los hombres que quieren casarse.

La familia como institución es un tema de “Entre Visillos,” además de cómo las figuras patriarcales la influyen. El padre de Natalia, como jefe de la familia, marca las reglas de la vida de sus hijas, y él decide todo, desde sus relaciones románticas hasta las horas de comer (Mayoral *Entre Visillos* 20). Tras las decisiones del padre, las dificultades de ser soltera en un pueblo provincial llega a ser evidente. Natalia vive con su padre, con sus hermanas, y con su tía que nunca se casó. El ritual cotidiano de su tía Concha es ir a la misa y después visitar y charlar con las mujeres de su edad. La madre de Natalia murió en el parto, y por eso Natalia no tiene una figura maternal. La tía Concha, aunque una figura femenina, no se presenta como una madre.

La hermana mayor de Natalia, Mercedes, quien con treinta años se considera una solterona, se da cuenta de que si no se casa con prisa, es posible que su vida sigue igual a la de su tía, y ella se convirtió amarga y se volvía más desesperada de casar (Pérez 138). La otra hermana, Julia, ya está prometida, pero su novio, Miguel, trabaja en la ciudad para establecerse profesionalmente. Ella no sabe si sería mejor mudarse a Madrid y vivir con la familia para quedarse más cerca de él, o no. Ella teme las opiniones de la gente de su pueblo y de su familia, porque mudarse para estudiar y quedarse cerca de su novio resultaría seguramente un escándalo (Pérez 138).

Miguel y Julia se riñen porque tienen conceptos distintos de qué es permitido en las relaciones prematrimoniales. Julia cree en la castidad absoluta, y pide perdón de Miguel por haber consentido a sus caricias. Cuando él se ríe de sus tonterías, Julia se entristece, porque a ella le parece que Miguel no estime lo que todos consideran más importante en una chica: la inocencia (Mayoral *Entre Visillos* 31). Ella se siente tanta angustia que también pide perdón al sacerdote de la iglesia después de escribir – pero no enviar – una carta amorosa a su prometido. El sacerdote le dice que no se preocupe porque Dios le da tentaciones para hacerse “salir victoriosa de ellas” (Martín Gaité *Entre Visillos* 118). Julia, como buena mujer católica, inclina su cabeza y le agradece.

Pero los sentimientos de culpa todavía la seguían, y cuando ella ve a Miguel, no quiere besarle porque cree que empeora su situación moral. Sin embargo, Miguel la amenaza y dice que si ella no le besa, “no sabría si te sigo queriendo,” que pone a Julia en una situación más compleja: hacer lo contrario de una buena mujer casta, o perder a su novio y hacerse como su tía vieja y amarga (Martín Gaité *Entre Visillos* 127). Al final, se besan, y aunque Julia se siente pecaminosa, no quiere volverse como Mercedes, que “no tiene nada, la pobre, que no sabe lo que

es leer una carta así [romántica] (Martín Gaité *Entre Visillos* 202). Martín Gaité presenta al lector varios ejemplos de la infelicidad alrededor del matrimonio. Para Julia, el matrimonio significa que puede eludir la vida de solterona, como la de su tía, y no porque quiere casarse con Miguel. En las obras de Martín Gaité, el estado de la mujer – si es solterona o casada o joven – enfoca en su relación con el hombre que no la importa; un retrato deprimido de la vida familiar.

Desde la Ventana

En su obra Desde la Ventana, publicada en 1993, Martín Gaité analiza la escritura femenina y las dificultades que las mujeres tuvieron que superar si quisieron ser autoras serias. Analiza los puntos de vista femeninos en la literatura española, la importancia de la escritura de Santa Teresa, y el papel de la mujer en las literarias tradiciones españolas. Martín Gaité tituló la obra así porque le parece un homenaje “a todas las mujeres ventaneras que en el mundo han sido,” a las mujeres encerradas en las casas que quieren salir pero que no pueden, por una razón u otra (Martín Gaité *Desde la ventana* 33).

Para Martín Gaité, la ventana es un símbolo de los deseos de las mujeres que miran fijamente tras ella pero que nunca tienen la oportunidad de cruzar al otro lado. Funciona como espoleta para la fantasía de la mujer, y en su libro, ella quiere encender la espoleta y dar permiso a las mujeres de salir de sus casas (Martín Gaité *Desde la ventana* 33). La ventana es un símbolo que ella caracteriza como “un elemento tan ineludible como peligroso de transgresión. Y con razón, desde su mentalidad de carceleros suspicaces... incapaces de apresar el enigma del alma femenina” (50). Para los hombres, la interpretación de la conducta femenina “se establecía con arreglo a cánones tan estrechos como para suponer que, cuando una mujer se asomaba a la

ventana, no podía ser más que por mero reclamo erótico, por afán de exhibir la propia imagen para encandilar a un hombre.” (50).

Ellos no entienden – o, mejor dicho que no quieren entender – que la ventana es una evasión para la mujer, una fuente donde puede evitar la sed de su alma seca. La ventana “es el punto de referencia de que dispone para soñar desde dentro el mundo que bulle fuera, es el puente tendido entre las orilla de lo conocido y lo desconocido, la única brecha por donde puede echar a volar sus ojos, en busca de otra luz y de otros perfiles que no sean los del interior, que contrasten con estos” (Martín Gaité *Desde la ventana* 51). En pocas palabras, la ventana sirve como la entrada de un mundo secreto que las mujeres ventaneras pueden imaginar pero que nunca pueden visitar, sino en los sueños.

Martín Gaité explica que la ventana “condiciona un tipo de mirada: mirar sin ser visto. Consiste en mirar lo de fuera desde un reducto interior, perspectiva determinada, en última instancia, por esa condición ventanera tan arraigada en la mujer española y que los hombres no suelen tener... La ventana es el punto de enfoque, pero también el punto de partida” (*Desde la ventana* 51-52). Para la mujer española, mirar sin ser vista es algo raro, porque siempre son ellas los objetos mirados. Según las ideas de Martín Gaité, el antepecho es el puente entre sus mundos, el del interior y el del exterior, y le permite quedar al interior mientras que mira a la vida exterior. Es un lugar seguro donde la mujer puede evitar la mirada del hombre mientras que puede mirar al mundo sin restricciones.

También, según Martín Gaité, la ventana ofrece a la mujer una vista de la calle, donde, “la escritora de la primera posguerra traslada al papel sus inconcretas rebeldías” (*Desde la ventana* 114). Escribe la autora que “ni la casa ni la familia dejan de aparecer como referencia inescapable, pero la fascinación ejercida por la calle se agudiza simultáneamente con la

claustrofobia y el rechazo a los lazos de parentesco” (115). La calle vista tras la ventanao es un símbolo de libertad de los barrotes familiares, donde una mujer puede imaginar una vida después de la guerra, o una vida sin guerra, o una vida propia en la que hace lo que ella quiere, y no lo que demanda su padre ni marido.

Martín Gaité describe los mitos de la mujer, en los que la mujer es un personaje “enigmático y secreto” (Martín Gaité *Desde la ventana* 33). Pero la autora sabe que el aspecto secreto de la mujer pudiera ser peligroso o una amenaza de ella misma. “Parece evidente,” escribe ella,

que en ciertas culturas, las mujeres elaboran una forma de comunicación privada, surgida de la necesidad de resistir al silencio impuesto por su insignificancia en la vida pública. En religiones extáticas, por ejemplo, el discurso femenino era ininteligible y mal articulado, lo que hizo recaer sospechas de brujería y sabiduría esotérica sobre las personas que así expresaban (33).

La autora afirma que la mujer no es bruja, ni una figura mitológica ni un icono divino. Una mujer es mujer, nada más y nada menos que una persona, con los mismos derechos humanos que el hombre.

Martín Gaité rechaza la literatura antigua, como la del Siglo de Oro, de lo que dice “revela que la mujer era un objeto indiscriminado a conquistar, identificado con su propia belleza, hasta el punto de que el amor prendía de repente a la vista de la hermosura” (Martín Gaité *Desde la ventana* 42). Ella cita a María de Zayas y Sotomayor, una autora del siglo XVII, que escribió en sus Novelas amorosas y ejemplares que

La verdadera causa de no ser las mujeres doctas no es defecto de caudal sino falta de aplicación, porque si en nuestra crianza, como nos ponen el cambray en las almohadillas y los dibujos en el bastidor, nos dieran libros y preceptores, fuéramos tan aptas para los puestos como los hombres (37).

Las dos autoras, que escribían separados por tres siglos, tienen la misma opinión sobre la capacidad de la mujer: que es un ser capaz sin duda. La mujer no merece la posición del interés

amoroso como trama secundaria en una novela, a estar relegada a la cocina o a la cama para tener hijos o morir de parto después de casarse con el hombre noble. No, ella merece un papel principal, uno en el cual no muere porque ha caído de la gracia por ser pecaminosa o comprometida sino uno en el cual su vida, sus pensamientos y sus acciones merecen ser estimados por su propio valor.

De acuerdo con María de Zayas y Sotomayor, Martín Gaité desarrolla esta idea de la capacidad igual de la mujer y critica a los autores que escriben textos prescriptivos de las expectativas de la mujer. Ella descarta la literatura que prescribe los cauces de la mujer como madre y esposa, que “abundan en nuestra literatura clásica con tal profusión que su enumeración resultaría interminable” (Martín Gaité *Desde la ventana* 38). Es importante notar que los textos que normalizan la conducta femenina son escritos por hombres para hacer más fáciles sus propias vidas. Los textos están basados en normas antiguas, y ella demanda una crítica de aquellos valores patriarcados.

Es peligroso cuando la representación dominante de la mujer en la literatura enfoca en su belleza o en su virtud, porque vincula a la mujer con su cuerpo. Gracias a los siglos de hombres que escribían sobre los valores del cuerpo femenino, es fácil hacerlas fetiches, que dice a las mujeres y a las niñas que si no son bellas y piadosas, no valen nada. Desafortunadamente, las consecuencias para las doncellas bellas y virtuosas son desastrosas (Martín Gaité *Desde la ventana* 43). Esta idea de valorización desigual entre los géneros apoya al pensamiento popular: que los hombres que nunca se casan no desean, pero las mujeres que nunca se casan no pueden – supuestamente porque no tienen los valores necesarias.

Martín Gaité cita a la monja mejicana sor Juana Inés de la Cruz que escribió las *Redondillas contra las injustas de los hombres al hablar mal de las mujeres*, en que ella critica la desigualdad de géneros institucionalizada en la cultura. Escribe sobre el poema crítico,

Las mujeres no existían como tales, las fabricaban los hombres, eran el reflejo de lo que la literatura registraba, bien superficialmente, por cierto. Pero en su verdadera condición, en la naturaleza de sus ansias, contradicciones y sufrimientos no profundizaba nadie (44).

Con el advenimiento del Romanticismo, no se cambió mucho la representación de la mujer en la literatura española, a excepción de que la mujer se vuelve en musa etérea. La marginalización, la falta de oportunidades educativas – la vida de la mujer quedó más o menos la misma, pero con el Romanticismo, se volvió más idealizada y, por eso, menospreciada.

Martín Gaité opina del Romanticismo que “se nutre de la inspiración proporcionada por la mujer, a la que se presente como ser incomprendido e incomprensible, creando un tipo etéreo, bastante incompatible en la vida cotidiana con las virtudes burguesas de moderación y mediocridad que proponía a esposa española la sociedad decimonónica, tanto en la etapa fernandina como en la isabelina” (*Desde la ventana* 87). La mujer era una musa, fuente de la inspiración del arte español, pero la joven romántica, la que quería leer libros románticos o que quería aprender de la pasión femenina, fue ridiculizada (88). Eran estos artífices que convirtieron a las mujeres en personajes simbólicos.

La musa del poeta fue idealizada y a la vez despreciada por ser de carne y hueso. A la mujer que era musa “se le exigía renunciar a todas sus necesidades fisiológicas y a todo afán de recibir respuesta en cualquier campo: se regalaba a la no existencia” (88). Ser una musa durante (y después) del Romanticismo, la mujer tuvo que renunciar su vida y casi sus derechos humanos. Esta identificación “supone la culminación hasta sus últimas consecuencias de su idealización como criatura virginal, que al ser tomada se convierte en barro y podredumbre” (89). Ser una

musa significó no ser una mujer real, sino una mujer idealizada, como la Virgen María; casta, piadosa, bella, benévola, y callada.

Al desviarse de este papel hace una mancha indeleble en la mujer que, una vez manchada, no puede quedar limpia jamás. Los hombres siempre pueden encontrar a otra musa, más bella, más joven, pero la mujer una vez musa idealizada ya es comprometida, y no tiene otro recurso sino encontrar a alguien que le acepta como esposa y vivir como esposa y madre buena. No es ventaja de ser musa, pero tampoco es ventaja de ser sólo esposa. El hombre domina la vida de la mujer en una sociedad patriarcal, aún si la mujer vive fuera del control absoluto, porque los méritos de la sociedad valoran al hombre. A ella la puede usar y desechar la a la vez. “Al proponer como musa al hombre” ocurre a pocas autoras femeninas (Martín Gaité *Desde la ventana* 98). Aunque las autoras feministas pensaban que la mujer no merece la idealización y la subsiguiente demonización después de ser musa, y aunque cuestionan la ideal de la mujer como ama de casa, al considerar el hombre como musa era una idea casi demasiado irrealista para ellas.

Un gran tema de la literatura romántica es la exaltación del amor, que se considera incompatible con la rutina matrimonial. Del énfasis en el misterio y en las mujeres como musas inspiradoras resulta la literatura con personajes femeninos con poca personalidad, tropos vacíos que sirven como joyería en la novela; algo bonito cuyo propósito es de adornar pero raras veces influir la trama principal. Durante y después del Romanticismo, se introduce por las fronteras una

formulación de la pasión amorosa como sinónimo de anarquía, muchos recibieron tales vientos como revolucionarios, y las primeras reacciones fueron de cautela y escándalo, sobre todo en lo que pudiera referirse a la influencia perniciosa de aquellas modas sobre la conducta de la mujer. A ella había que protegerla de la rebeldía con la coraza de la religión (Martín Gaité *Desde la ventana* 79).

Martín Gaité quiere examinar con más atención al detalle los motivos de los hombres que escriben obras con una protagonista que se enfrenta con el descubrimiento del amor. Ella cree que los autores presentan a las protagonistas como “material de trabajo, como enigma a descifrar” (Martín Gaité *Desde la ventana* 55). Escribe Martín Gaité que la mujer enamorada “siempre está trabajada por las repercusiones de algún patrón literario, que a su vez suele hacerse eco del sistema moralista vigente” (55). Pero ella sabe que la mujer tiene adentro más que lo que los autores masculinos describen; tiene deseos, miedos, esperanzas, y amistades. La mujer experimenta el amor en secreto, muy personalmente, ansiosa de presentarse así porque sabe las repercusiones de ser una mujer enamorada. Por ejemplo, en Entre Visillos, Elvira piensa que puede amar a Pablo Klein después de hablar con él a la funeral de su padre. Ella decide escribirle una carta, que él describe como “casi una declaración de amor”, pero justo después decide casarse con su amigo Emilio porque es más seguro. Al casarse con su amigo, no tiene que confrontar sus sentimientos para Pablo Klein (Martín Gaité *Entre Visillos* 129). Elvira no quiere sentir la vulnerabilidad que viene con el amor, y casarse con Emilio le permite controlar mejor su situación.

En los libros populares, las mujeres se casan o se mueren, y a veces se casan y poco después se mueren. Y aunque quieren casarse porque están enamoradas, a la vez puede significar el fin de su independencia. La mujer,

bajo la presión del hombre que ha motivado su sufrir y ha espoleado sus sueños, que la ha convertido en enigma, pugna de forma balbuceante por describir lo que siente en realidad, cuando la dejan hacerlo. La metáfora del amor como cárcel, presente en toda la literatura universal desde el Renacimiento, se extiende en las mujeres de carne y hueso a las barreras que el mundo le pone para expresarse (56).

Es decir: la mujer vive siempre enjaulada. Se casa, y puede vivir encarcelada. No se casa, y puede vivir encarcelada en la casa de sus padres, o se vuelve en la tía vieja y amarga, como la tía Mercedes en el libro Entre Visillos.

Más de la mitad de las novelas escritas por hombres en el siglo XIX tienen una protagonista femenina que, “desde la rutina de su vida matrimonial, sueña... con vivir aventuras pasionales” (Martín Gaité *Desde la ventana* 47). Los autores famosos, como Flaubert, Chejov, Tolstói, Eça de Queiroz y Pérez Galdós, escriben sobre mujeres con sueños de escapar de su rutina cotidiana y experimentar las aventuras. Pero ninguno de estos autores famosos propone una aventura aparte del adulterio. Para Martín Gaité, es una “opción capciosa y ambigua, por otra parte, ya que nunca dejaba de llevar por moraleja la condena del sexo más o menos velada” (47). Ellos perpetúan el estereotipo de la esposa aburrida que busca diversión en el adulterio.

“La escritura, de acuerdo con los mandamientos antifeministas, significaba un desafío colosal para la mujer,” escribe Carmen Martín Gaité (*Desde la ventana* 57). Las autoras femeninas, como ella, entre otras, tuvieron que superar los obstáculos puestos por los escritores masculinos: obstáculos como la representación de la mujer enamorada, la representación de la mujer casada, los pecados que se consideran femeninos, y la tradición larga y omnipresente de narradores masculinos.

Según Martín Gaité, la diferencia entre los autores y las autoras, “puede estar en que muchas veces un hombre, cuando se recoge a pensar y a escribir, está de vuelta del bullicio mundanal y de otras actividades que en cambio para la mujer pueden seguir ofreciéndose durante toda la vida como tentadora propuesta de liberación, precisamente por haber tenido menos acceso a la vida pública” (60). Con más oportunidades y menos obstáculos sociales, el hombre tuviera mejor acceso a la composición y la publicación de sus libros. Era más difícil para la

mujer, quien tuvo que sojuzgar sus miedos e ignorar los juicios de los que pensaban que una mujer no podía escribir nada de valor. Con los libros de Carmen Martín Gaité, y otras autoras femeninas españolas antiguas y modernas, es posible ver que estos juicios son prejuicios, y no tienen valor.

Usos Amorosos de la Posguerra Española

Carmen Martín Gaité empieza su obra Usos amorosos de la posguerra española con la dedicatoria a las madres españolas que no entienden a sus hijos, y a sus hijos, que no las entienden a ellas. La brecha entre las generaciones y las dificultades de ser mujer bajo el régimen nacionalista son temas claves en su libro. Para vincular esta falta de recíproca de entendimiento con la influencia patriarcal y política de la dictadura, Martín Gaité empieza el primer capítulo con detalles sobre los modelos del comportamiento recomendados durante el régimen de Franco. El nuevo régimen había establecido como norma “...la obediencia, el cuidado de no murmurar, de no concedernos la licencia de apostillar...La fórmula es ésta: el silencio entusiasta” (Martín Gaité *Usos amorosos* 18). La dictadura cambió las normas de la sociedad española, y Franco y sus propagandistas “explotaron hasta la náusea la cantinela de que España, aquel país de donde había salido la salvación del mundo, era una nació elegida, excepcional, diferente” (18). La verdadera España representaba al Caudillo. Más todavía: “era él mismo” (19). Franco no sólo quería simbolizar su régimen sino encarnarlo, y la única manera de que podía hacerlo era representarse como el salvador de España.

Los cambios sociales que ocurrieron durante la dictadura de Franco afectaban a los niños de la posguerra. Martín Gaité dedica una gran parte de su texto al niño de la posguerra y los cambios de su vida. Describe,

los niños de la posguerra, que lo que queríamos era ir al cine o que nos compraran una bicicleta, estábamos hartos de la vida sacrificada, vigilante y viril de aquellos hirsutos antepasados, cuyas hazañas estudiábamos al calor del precario brasero familiar y que no guardaban relación ninguna con nuestros latentes anhelos de cariño, aventura y bienestar (23).

Los niños de la posguerra sentían desconectados de la generación anterior porque el sufrimiento de sus padres les presionaron y que les hacían sentir perseguidas por las acciones de los demás.

Martín Gaité desarrolla el tema de los jóvenes españoles que buscaban su identidad propia durante la posguerra cuando escribe:

Los chicos y chicas de la posguerra, fuera cual fuera la ideología de sus padres, habían vivido una infancia de imágenes más movidas y heterogéneas, donde junto a la abuela con devocionario y mantilla de toda la vida, aparecían otra clase de mujeres, desde la miliciana hasta la <<vamp>>, pasando por la investigadora que sale con una beca al extranjero y la da mítines (26).

Los niños de la posguerra ocupaban un espacio intermedio, como un puente sobre la brecha de las generaciones. Tenían que seguir los modelos puestos por el régimen nacionalista pero a la vez querrían buscar su propia identidad y lugar en la sociedad española. Natalia, la protagonista de Entre Visillos es una joven que busca su identidad. Ella quiere definir a sí misma en oposición a sus hermanas y su tía. Aunque habían oído, “hablar de huelgas, de disputas en el Parlamento, de emancipación, de enseñanza laica, de divorcio; sabían que no todos los periódicos decían lo mismo, que no todas las personas pensaban lo mismo” (26). Ellos sabían que existían otras oportunidades y maneras de vivir, pero no tenían los recursos necesarios de lograrlas.

Esta dificultad, la de saber de oportunidades pero de no poder lograrlas, les era más a las niñas y a las mujeres de la época. Los nacionalistas consideraban a la mujer española “el puntal y

el espejo de futuras familias,” y por eso ellos tenían que comportarse con cuidado, porque un solo pecado tenía el poder de arruinar la vida (27). El gobierno consideraba a las niñas “una cantera de futuras madres destinadas a dar ejemplo,” y por eso las tenían que mantener su inocencia y castidad (97). Por otra parte, Martín Gaité observa que, “el hombre que llegaba virgen a la boda se le miraba como una <<avis rara>> y nadie le auguraba muchos éxitos ni como pretendiente, ni como marido ni como padre,” así señalando un doble estándar que exige la virginidad de la mujer mientras aboga por la experiencia sexual del hombre antes del matrimonio (101). Parece que las necesidades de los hombres eran más urgentes, pero con quien ellos solían tener relaciones sexuales quede un misterio, porque la prostitución era ilegal⁷ y las buenas mujeres no debían tocar el cuerpo de su novio hasta la noche de su boda o la luna de miel.

La desigualdad en España entre los géneros ganó notoriedad internacional. El *New York Post* escribió, en un artículo sobre Madrid en los 1940s, que “[l]a posición de la mujer española está hoy como en la Edad Media. Franco le arrebató los derechos civiles y la mujer española no puede poseer propiedades ni incluso, cuando muere el marido, heredarle, ya que la herencia pasa a los hijos varones o al pariente varón más próximo” (30). Las mujeres estadounidenses ganaron el derecho de votar en 1920, veinte años antes de que este artículo apareció en el *New York Post*. Los americanos no escribían de una posición de poder ni de derechos civiles. De hecho, desde el punto de vista de la época en que el artículo apareció, habría veinte años hasta el movimiento de Derechos Civiles. Pero los Estados Unidos seguía criticando la política de España, hasta que Franco y los EE.UU. llegaron a un acuerdo político en 1953. El Pacto de Madrid significó el fin de una época de aislamiento a Madrid y los EE.UU. Aunque el pacto tuviera aspectos militares,

⁷ El Patronato de Protección a la mujer, creado en 1942, prohibió la prostitución porque consideraba a las prostitutas como víctimas del vicio (*Usos amorosos de la posguerra* 102).

no se la considera un pacto militar. En 1955, gracias al pacto americano, las Naciones Unidas aceptaron de nuevo a España al grupo.

Una razón por la desigualdad entre la vida que se veía en los medios de comunicación y la que vivían las niñas españolas, fueron las posibles porvenires. Una niña de la posguerra podía casarse con un hombre (de buena familia, claro), entrar en un convento para ser monja, o vivir como solterona (36). Casarse con hombre de buena familia requería “pescar al marido,” una actividad que incluye sonrisas coquetas, miradas un poco más largas que lo normal, o paseos en el mismo barrio a la vez, aunque no juntos (60). Las adolescentes se arreglaban con mucho cuidado, porque como escribe Martín Gaité, “[a]rreglarse...era una ceremonia principalmente encaminada a atraer a un hombre, pero, eso sí, sin que se notara que se le quería atraer” (130).

Con su cuerpo, su ropa, su sonrisa, y su piedad, la mujer española fue preparada para atrapar a un marido posible. Pero ¿si no querían cazar a un marido? Pues, “todo el mundo lo sabía, sus métodos no eran los eficaces para atraer un hombre verdaderamente varonil ni para hacer su felicidad” (87). Las consecuencias de pescar, pero no encontrar, un hombre, eran desastrosas. Una mujer que no podía atraer el interés del hombre de lo cual ella quería fue resignada a la soltería.

Las dificultades de encontrar a un hombre no empezaba con el matrimonio. Había una “polémica” sobre la camaradería entre el hombre y la mujer en la década de los cuarenta. La camaradería “incidía en las relaciones de amistad entre hombre y mujer, que la entrada en la Universidad no podía ya por menos de propiciar” (66). Había universidades independientes para las mujeres españolas, porque según la ideología de la época “si distinta es la mujer del hombre, distinta ha de ser su educación” (67). La coeducación fue prohibida mediante una ley de 1939, por “considerarla un sistema pedagógico abiertamente contrario a los principios del Glorioso

Movimiento Nacional,” y el gobierno mantenía la ley en vigor por treinta años (91-92). La Sección Femenina anima a las mujeres que se estaban vacilando sobre matricularse a una universidad o no, porque ellas creían que la mujer, como la rosa, no cambiará de especie, pero que podría mejorarse con cuidado dedicado a sí misma. A través de esta manera, había mujeres educadas (aunque de manera muy distinta⁸ del hombre, porque las mujeres aprendían de ser buenas esposas y criar a los niños mientras los hombres aprendían la económica, la historia, y la matemática, y otras disciplinas académicas).

Otra opción para la joven española, entrarse en un convento, significaba una decisión propia, por lo general – la que se metía monja lo hacía porque le daba la gana. Aunque mal entendidos e idealizados, los conventos ofrecían a la mujer una evasión de la vida estigmatizada de la solterona. La gente “no hablaba mal de ella, ni se burlaba, no la compadecía. Los padres o el novio podían llorar porque la echaban de menos. Pero más bien se la admiraba” (37). Era muy difícil conseguir esta admiración como mujer, pero la dedicación de la vida a la iglesia se consideraba una vocación sublime de alma.

Nadie se consideraba sublime la vocación de la solterona. La soltera solía ser “detectada por cierta intemperancia de carácter, por su intransigencia o por su inconformismo” (38). Eran las chicas raras, pero no como la chica rara a quien Martín Gaité alaba en “Desde la Ventana.” Según la ideología positiva de Martín Gaité, la chica rara, “no sólo rechazaba la retórica idealización de <<sus labores>> predicada por la Sección Femenina, sino que empezaba a convivir con una idea inquietante, difícil de encajar y de la que cada cual se defendía como podía: la de no existe el amor de novela rosa” (*Desde la ventana* 122). Estas chicas raras - las buenas, las que rompen con las expectativas de la mujer española de la posguerra - si no

⁸ La excepción de la distinción entre la educación fue el sentido de patriotismo, lo que cada estudiante, a pesar de su género, aprendía en las universidades españolas. El patriotismo ocurrió en muchas universidades, tanto en Europa como los Estados Unidos durante la misma época.

encontraban a maridos, no era porque los hombres no las quisieron, sino porque ellas mismas no querían casarse y parar de vivir. Vivían por ellas mismas, nada más y nada menos que una vocación de realización personal. El personaje de Elvira, de la novela Entre Visillos, es un ejemplo de una chica rara. Antes de que ella decide a casarse con Emilio, Elvira es el tipo de mujer que vive por ella misma, pero después de conocer a Pablo Klein, ella compromete su vida como chica rara y decide casarse para mantener el control de su vida.

La soltera tiene otro tipo de rareza. Se salían de la norma. Martín Gaité propone al lector la pregunta retórica: “¿Se interesaba realmente la sociedad por el porvenir de las solteras?” y se da a sí misma una respuesta: no (*Usos amorosos* 42). Escribe Martín Gaité, la vocación de soltera “no se concebía que la pudiera tener nadie” (42). Ser soltera llevaba implícito un insulto, que nadie la quisiera, que nadie la querría. Aunque una opinión popular, había algunas mujeres que eligieron la vida, y que las gustaba mucho. Un recurso de quedarse sola era ser una señorita cuyo novio murió en la guerra y que había decidido de no volver a tener ninguno. Pero esta elección sólo funcionaba si la mujer había tenido novio antes de la guerra que no volvió, porque estas novias eternas de la guerra mantenían relaciones fuertes con los parientes de su amantes perdidos. Las solteronas tenían la expectativa de “que se viviera como una cruz” pero que vivía así sonriendo (48). Sus pecados merecían el castigo de llevar la cruz de solterona, pero su providencia de ser mujeres las requirieron hacerlo con una sonrisa benévola.

De los demás que persiguen a la soltera, Martín Gaité escribe: “Su capa de intención piadosa y alentadora, que bien mirado era insulto, a la mujer solitaria se la arrojaba despiadadamente del paraíso” (50). De cualquier manera, la solterona era una chica rara del tipo peor. No cumple con la expectativa de ser madre y dar la luz a los niños que pudieron adelantar el linaje familiar. No cumple con la vía de entrar en un convento y dedicar su vida a la figura

más patriarcal, la de Díos. Pero tampoco cumple con la expectativa de la mujer mala, la engañadora, la amante con alma llena de pecados. Simplemente, era una mujer que nunca se casó. De la ruptura de las expectativas resultaron la confusión y la desconfianza en la mujer soltera.

No obstante, un hombre soltero no recibía la misma persecución que la solterona. Era percibido como muy misterioso. “El hombre difícil y desconcertante también podía vivir aislado, pero en seguida se daba cuenta de que aquella actitud interesaba a las mujeres, deseosas de interpretarla” (155). Por tanto más en tormento o conflicto que estuviera el hombre, cuanto más las mujeres le querían. El hombre asocial “siempre estaba rodeado de prestigio” otro ejemplo del doble estándar entre los sexos, porque la sociedad perseguía a la mujer asocial como un leproso social (156). Como demuestra el adagio antigua: “El hombre que no se casaba es porque no quería y la mujer que no se casaba...es porque no podía” (45). Las mujeres tenían que casar, o vivir aisladas de una manera u otra: como solterona o como monja.

Es importante decir que la monja experimentaba un aislamiento muy distinto de la solterona. Dentro del convento había una comunidad vibrante de mujeres, donde cualquier mujer podría encontrar un refugio. Las monjas fueron aisladas de las familias y de partes de la sociedad, pero no estuvieron asociales. Tampoco estuvieron asociales muchas solteronas, pero las que no eligieron la vida soltera fueron aisladas por su incapacidad de seguir las normas sociales. La perspectiva de las solteronas cambió después de la Guerra Civil, porque muchos españoles murieron, y no había tantos hombres como mujeres. El cambio del demográfico requirió un cambio general de mentalidad. La gente consideraba a la monja de un nivel social más alto que la solterona, pero todas las tres posibles vías de vida: la monja, la solterona, y la casada, la iglesia católica consideraba viables y aceptables.

La norma de la mujer casadera de la posguerra “no se le permitía tener una visión complicada de la vida, tenía la obligación de ofrecer una imagen dulce, estable, y sonriente” (*Usos amorosos* 40). La expectativa de sonreír siempre, de cambiar el aspecto severo por uno de dulzura y de benevolencia, tiene “una clara vinculación de la ideología de la mujer fuerte y animosa propugnada por la Sección Femenina de Falange” (40). Se consideraba sonreír ser “airoso,” una palabra con connotaciones triunfalistas, que se empleaba mucho en la posguerra española, porque evocaba “un ondear de banderas, un revoleo de capas en los desfiles. Significaba vencer, merecer el aplauso” (41). Martín Gaité observa que vivir sonriendo siempre es mentira. Nadie es capaz de estar feliz siempre. Pero para la mujer española de la posguerra, vivir así era la norma.

Otra norma de la mujer era la “devoción incondicional a la Virgen María,” de ser buena mujer cristiana (110). A los siete años, la niña española se preparaba para recibir la primera comunión, el momento en que se enfrentaba con la pureza. Ser pura y casta eran expectativas rígidas para las mujeres de la época. Del ambiente de eufemismo y sutilezas que no tenían clara definición surgía la noción del pecado personal (110). Hablar sobre sus pecados requería hablar con un cura en el confesionario, un incentivo de no pecar, porque cometer un pecado era muy distinto de hablar sobre el con un sacerdote. Las niñas estudiaban a las santas femeninas para aprender la vía ideal de su vida, pero muy pocas aprendieron la realidad de la mujer típica.

De las mujeres típicas o tradicionales, de chicas raras, de solteras y de novias permanentes y de niñas todavía inocentes - Carmen Martín Gaité examina a cada tipo de mujer en sus obras. Para ella, el sujeto de la mujer merece investigación. Ella nota que sus hermanas femeninas, sus tías y abuelas y amigas y su madre, todas sufrieron bajo el régimen nacionalista, que marginalizaba a la mujer española. En su propia voz literaria, Martín Gaité desarrolla el

sujeto de la mujer española. Lo desarrolla a través de las novelas, como Entre Visillos, y lo desarrolla a través de manifiestos como Desde la ventana y Usos amorosos de la posguerra española, porque el tema de la mujer no puede encajarse bien en un sólo libro. En la escritura sutil pero fuerte, ella escribe “de una mujer sometida a un código de valores que le confiere un papel (de dependencia del hombre, de movimiento en una órbita limitada y cerrada: es el alma del hogar)” (Emma Martinell *Desde la ventana* 9). Ella trata con las dificultades que tenían las mujeres de la época – dificultades puestas por el régimen de Franco – y cómo las mujeres descubrieron maneras de superarlas.

Capítulo Tres: La Representación de la Mujer en la Literatura

Bajo el régimen de Franco, la literatura se volvió una fuente de noticias, un empleo típico de los periódicos en una democracia. La literatura servía como una fuente de información de la vida cotidiana típica y los tópicos sociales que las agencias de las noticias no cobraban (Jordan VII). También la literatura funcionaba como un instrumento de crítica social y política: algunos autores pensaban que la literatura podría clarificar las leyes y las decisiones políticas e informar a la pública. Había una generación de autores que escribían en los 1950s, y la mayor parte de ellos venían de familias nacionalistas. Dedicaban su literatura a explorar los temas de desigualdad, como la pobreza, la migración, la marginalización social, y la opresión de las personas de la clase más humilde (Jordan IX).

Sin embargo, escribir sobre estos temas no significa nada si los censores nunca permiten la publicación. Por eso, los escritores tuvieron que escribir de una manera que les permitieron esconder las injusticias de que hablaron bajo una fachada de reportaje objetivo. De esta manera, publicaron la crítica de la sociedad de aquella época que los lectores tuvieron que divinar el mensaje (Jordan XI). Las novelas escritas así, con mensajes escondidos que los lectores tendrían que descubrir y que les harían pensar en las injusticias y las responsabilidades del gobierno; se llamaban *novelas sociales*.

En la segunda mitad de la década de los 1950s, la novela social subió en popularidad, pero había confusión sobre el uso del término “social.” ¿Significó un vínculo con los socialistas? ¿No es la literatura por lo general “social”? ¿Cómo deberían usar el término los autores cuyas novelas son sociales porque tratan de la sociedad pero que no critican a la sociedad de la misma manera que los autores que creen que escriben novelas sociales? Algunos autores pensaban que

el uso del término “novela social” fue demasiado inclusivo, vinculándolos con un movimiento distinto del movimiento social crítico de que ellos querían escribir. Otros creían que fue demasiado exclusivo, ignorando los textos escritos de otras maneras pero que trataban de los mismos temas. Finalmente, existían algunos críticos que pensaban que el término “novela social” era peyorativo o que marginó las novelas con demasiado contenido explícito (Jordan 18).

Existía una variedad de técnicas literarias, pero todas las novelas sociales seguían algunos patrones. Por ejemplo, la mayoría de las novelas es circular, porque los argumentos terminan dónde empiezan, que sugiere la inevitabilidad y la clausura del mundo del protagonista (Jordan 79). Algunos tienen una estructura simétrica que enfatiza la circularidad de la novela (Jordan 80). Las novelas tienen la tendencia a una narrativa cronológica, en la que hay poca fragmentación o cambio del orden de los eventos. Sin embargo, el uso de la retrospectiva y las secuencias prospectivas permiten la introducción de una perspectiva más grande de la historia o de la psicología de los personajes (Jordan 79). A veces, los autores utilizaban los cambios de perspectiva para clarificar algo en la narrativa, y a veces los usaban para generalizar las consecuencias del tema en que estaban enfocándose (Jordan 79).

La única diferencia entre las novelas sociales es el modo de narración. No había un modo popular de narrarlas, y los autores usaban cada manera para explorar los temas más importantes para ellos; la primera persona, el monólogo interior, el narrador omnisciente, el cambio de narradores en capítulos diferentes, etc. Pero aunque hay distintos estilos narrativos, la mayoría de las novelas está basada en la realidad. La fantasía o ambiente de sueño sólo se usan en yuxtaposición con lo real, para enfatizar la vida cotidiana tal como es (Jordan 79). Con todas las semejanzas entre las novelas sociales, todavía había una brecha entre los autores; no compartían un motivo ideológico. Compartían las mismas metas de cambiar la sociedad tras la literatura, y

escribían de maneras muy semejantes, pero al final, había una división entre los autores sociales y los autores politizados (Jordan 80).

Hoy en día, con un poco más distancia de la dictadura y la política, es posible ver que la novela social es definida por los autores que las escribían. Habían dos etapas de la novela social: la primera, la social, la moral, y la humanista; y la segunda, más radical, más crítica, y más politizada (Jordan 19). El cambio de etapa viene de un cambio de tema. Por la primera parte de la popularidad de la novela social, los autores escribían sobre la pobreza rural y la marginalización de la gente de la clase más humilde. En la segunda mitad de la década, los autores empezaban a escribir sobre la explotación, la represión, y las injusticias de la casa y del lugar de empleo (Jordan 20).

El cambio de etapa y la diversidad de temas de que podrían tratar inspiraban a los autores a pensar en sí mismos. ¿Cómo deberían responder a los lectores nuevos? ¿De qué deberían concentrarse en las novelas nuevas? ¿Para qué clase deberían escribir, la burguesía o la gente de clase más baja? Estas preguntas son representativas de los problemas que los autores de las novelas sociales tuvieron que superar en los 1950s. Querrían escribir sobre el cambio social radical, pero tenían una audiencia de gente burguesa, un grupo que querían criticar mucho (Jordan 21). Pero no incluida en las preguntas de los autores de la etapa era la de la mujer.

Al criticar a la sociedad, el lugar de empleo, la represión, la opresión de la gente rural o de la clase más humilde, los autores de la novela social no escribían mucho sobre la situación de la mujer. En los 1950s, los derechos de las mujeres españolas fueron borrados por el gobierno, y aunque existían mujeres que trabajaban al lado de los hombres, no recibieron el mismo sueldo. La mujer marginalizada en la esfera doméstica, no era gran parte de la novela social. La mayor parte de los autores y de los protagonistas eran hombres. Aunque las novelas sociales trataban de

temas muy importantes, la verdad es que la marginalización de la mujer, quien ha sido institucionalizada por siglos, no les parecía un problema que merecía una novela. Sánchez Ferlosio, Ignacio Aldecoa, y Fernández Santos, tres autores más prolíficos en la etapa de la novela social, escribían casi exclusivamente sobre el hombre (Jordan 72).

En la frente femenina, Carmen Martín Gaité y Josefina Rodríguez cambiaban el enfoque de los pobres rurales a las personas de clase media. Ellas escribían sus novelas sociales sobre el efecto de una rutina, y cómo les hacían sentir aisladas, o de la ignorancia deliberada de la gente de clase alta a la situación de la gente de clase más humilde. Ellas empezaban el movimiento de la novela contra-burguesa. Carmen Martín Gaité, cuyas novelas serán examinadas en el próximo capítulo, escribía “Un día de libertad” que fue publicado en la *Revista Española*, una revista popular para autores de las novelas sociales.

En “Un día de libertad,” ella explora los temas de la libertad, el miedo, la confianza, y la conformidad a la sociedad. Aunque el cuento tiene un protagonista masculino, examina las consecuencias de liberarse de la rutina cotidiana y el efecto de la libertad de una persona que ha seguido las normas toda su vida . Josefina Rodríguez también averigua los temas de la libertad y del miedo, pero ella explora más el miedo de la libertad y el efecto de vivir bajo un régimen patriarcal. Su protagonista, Luisa, nunca se casa, y vive aislada. Al escribir el cuento, Rodríguez hace muy claro el poder del padre muerto, un símbolo del poder patriarcal, en su decisión de callarse y quedarse marginalizada (Jordan 74). Es obvio que su cuento tiene un mensaje feminista, pero ella sólo publicó dos cuentos, dos de los tres cuentos publicados en la *Revista Española* escritos por mujeres – el otro es “Un día de libertad” de Martín Gaité – y no fueron suficientes para incorporar ni el feminismo ni la marginalización de la mujer en el movimiento de la novela social.

La novela rosa⁹ existía en la misma época de la novela social, pero en vez de tratar de los temas de la pobreza o de la migración o de la opresión de la gente de la clase más humilde, nos presenta un cuento sentimental y romántico. Tiene raíces en los folletines del siglo diecinueve, y define, por la mayor parte, los parámetros en que escribían las autoras españolas. La novela típica empieza con una mujer bella y virtuosa que está enamorada de un hombre más maduro que ella que está en punto de casarse con otra mujer menos bella y menos virtuosa. Al final, después de un evento afortunado, el hombre reconoce a la mujer más virtuosa como la superior, y ellos se casan. Esta rutina reafirma continuamente los ideales del régimen de Franco; que la única ruta de placer o alegría para la mujer es casarse con un hombre educado y vivir en su casa y criar a los niños, siempre confinada en la esfera doméstica, donde ellas pertenecen como madre y mujer (Brooksbank Jones 160).

La triste verdad es que las actitudes discriminatorias fueron tan atrincheradas en la mentalidad española que las autoras – no sólo los autores masculinos – describen a las personajes femeninas como objetos que merecen lástima y desprecio (Pérez 9). También es difícil distinguir entre algunos textos escritos por hombres y otros escritos por mujeres porque muchas mujeres escribían con un seudónimo masculino, o usaban sus iniciales para esconder su identidad (Pérez 6). Aunque más prudente en aquella época, resulta que los hombres recibían el crédito de escribir los cuentos que, de hecho, fueron escritos por mujeres. También, las autoras tenían que superar el obstáculo de sus maridos: unas, porque sus esposos no querían que escribieran, y otras porque sus esposos recibían todo el crédito de los cuentos de sus mujeres (Pérez 6).

⁹ La novela rosa, conocida coloquialmente como una novela romántica (aunque muy distinta de las novelas del Romanticismo) es un género literario en el que el amor siempre triunfa frente a la adversidad. Eran muy populares con las mujeres de la época. Los libros se enfocan en la historia de los enamorados, siempre felices al fin, como trama principal. No tienen contenido erótico sino sensual (Brooksbank Jones 160).

A la mitad de la década de los 1950, las autoras como Carmen Martín Gaité empezaban a usar la novela rosa para examinar y discutir las restricciones puestas por el gobierno de Franco en la mujer española. Desafortunadamente, las restricciones hicieron muy difícil hacer un espacio en el cual las autoras y las feministas podrían hablar de los problemas que les ha puesto el patriarcado. No obstante, los textos escritos por autoras como Martín Gaité representaron una amenaza al régimen nacionalista. Las autoras tuvieron que cambiar su manera de escribir para publicar sus novelas, porque la censura las leyó con mucho cuidado, aunque con menos cuidado que las novelas de hombres, supuestamente porque los hombres tuvieron más poder y publicaron más que las mujeres.

Cuando los problemas económicos y políticos del régimen se hacían más obvios, las autoras empezaban a escribir novelas realistas, para educar a la gente española de las realidades de la vida cotidiana bajo la dictadura. Ellas escribían sobre los problemas sociales de los cuales los medios de información no querían hablar (Brooksbank Jones 160). A pesar de que las novelas realistas criticaron al régimen nacionalista, tenían que criticarlo de una manera muy sutil.

El cambio económico en los 1960s introdujo un cambio literario, basado en el conflicto de los valores apoyados por la iglesia católica que no pudiera estar al tanto de los cambios sociales (Brooksbank Jones 162). En los últimos años del régimen, este conflicto con los activistas y la ascensión del feminismo hacían posible una generación de autoras femeninas. De sus maneras propias, ellas escribían sobre sus experiencias con la represión y la marginalización dentro de España. Había un crecimiento de novelas de testimonio o autobiografía, escritos por autoras que no querían quedarse mudas jamás (Brooksbank Jones 163). Estos textos contribuían a un ambiente que dio más confianza a las mujeres de la próxima generación. Aunque cada novela, testimonio, o autobiografía no era explícitamente feminista, de todas maneras ayudaba al

movimiento feminista en España, en el que una mujer podría ser protagonista y desear ser más que una esposa o una madre solamente.

Aunque la censura de las novelas y de los cuentos escritos por mujeres era un obstáculo, también era ventaja. La censura invita una manera creativa de evitar la atención de los censores y las autoras emplearon una variedad de recursos literarios, como el lenguaje figurado, la alegoría, la metáfora, el simbolismo, y los silencios bien puestos en la narrativa (Pérez 11). Los textos escritos bajo el régimen nacionalista y las censuras eran muy artísticos porque tenían que esconder su mensaje de crítica. Los autores escondían su crítica entre las líneas escritas. El lector tiene que leer con un ojo crítico para descubrir el mensaje del autor. La crítica social, la política, la económica – de todas maneras, existe la crítica en las novelas escritas durante la dictadura. Los autores de orígenes diferentes escribían sobre una causa común: la dictadura. Después de la abolición de la censura, la calidad de los libros españoles bajó, porque no había razón de escribir tan elocuentemente. Los autores podrían escribir lo que querrían, sin usar los elementos de lenguaje figurativo para ocultar su mensaje (Pérez 11).

En los 1960s, la noción de la literatura como un instrumento de cambio social y político entró en crisis: por un lado por los cambios ocurriendo en el lugar del empleo, y por otro por la transformación de la sociedad española a una más moderna, más industrializada, y más centrada en la economía (Jordan 176). Para el autor radical de la década pasada, las nuevas realidades sociales y políticas no tenían nada que ver con las novelas ya escritas. Es decir: la figura del autor revolucionario e intelectual se vuelve superfluo por la realidad que él mismo quería cambiar (Jordan 176). Al mismo tiempo, las casas editoriales que publicaban las novelas sociales descubrieron las novelas latinoamericanas, y la década de los 1960s era la del “Boom” de las novelas de ficción principalmente latinoamericana. Las novelas del “Boom,” aunque escritas de

estilo distinto, eran muy parecidos a las sociales en sus metas críticas, y al final cautivaban a sus lectores (Jordan 176).

Al fin de la década de los 60s, la novela social estaba muerta; el movimiento se había fragmentado y los autores, quienes en la década anterior creían que podrían escribir una obra radical que podría construir una reforma literaria, ahora pensaban que todo fue inútil. La crítica de qué trataron las novelas se vuelven en crítica literaria. Pero la década de los 1960s no significó una muerte de los movimientos literarios; la misma década veía a los autores jóvenes que no querían escribir sobre su fe en el movimiento sino sobre su fe en ellos mismos. Empezó un movimiento de libros testimoniales, de autobiografías y casi-autobiografías.

Las feministas eran figuras claves por haber unido una generación de escritores. Les ofrecían a los lectores la oportunidad de explorar los temas todavía no vinculados con un partido político ni un movimiento cultural. También les ofrecían a las mujeres un sentido de la atribución del poder, una confianza en sí mismas que abría la puerta a un movimiento feminista más unida (Brooksbank Jones 163). No todas las autoras femeninas escribían desde un fondo feminista, pero de todas maneras, ellas contribuían al espacio cultural y femenino en el cual las mujeres ya no tenían que quedarse mudas.

A pesar de que la influencia de las mujeres que escribían las novelas feministas venía de lugares diferentes – algunas fueron influidas por la teoría narrativa francesa, otras por la escritura experimental de Latinoamérica – estaban de acuerdo que la teleología del autor por lo general merecía la reexaminación crítica. Ellas buscaban una cultura en común, y en los mercados nacionales había un crecimiento en la heterogeneidad de las novelas de tema socio-cultural. El efecto de este crecimiento rápido es complejo. Las etapas literarias que estaban ocurriendo simultáneamente en España había ocurrido sucesivamente en Europa (Brooksbank Jones 164).

Esta simultaneidad de etapas causó una desorientación nacional en la literatura, que empeoraba el descontento nacional causado por el movimiento feminista y el estado de la economía.

Las autoras femeninas en España rechazaban el discurso homogéneo del régimen nacionalista. El dictador era la figura más obvia del patriarcado – de la generación anterior. Fue la misma generación que se identificó con los valores centrales del doctrina católico apoyado por Roma y los papeles de la mujer que sus hijas rechazarían más tarde (Brooksbank Jones 165). La nueva generación escribía de mujeres como protagonistas que no querían casarse ni criar a los niños. Estos personajes tenían metas más altas; eran testarudas, más seguras en su identidad como persona y como mujer. Tenían el poder de examinar la injusticia social y cultural y actuar para mejorarla. Las autoras reexaminaban los géneros tradicionales para crear un género distinto. No había una nostalgia para la época antigua, pero había la ansiedad sobre el futuro; la que creía una nueva frente literaria (Brooksbank Jones 164).

Ellas rechazaban los modelos franquistas de cómo ser mujer, escribiendo novelas que criticaban la ideal de la mujer como ama de casa. Las narrativas de las autoras femeninas eran dinámicas y conscientes de los problemas de la etapa. Ellas escribían sobre el cambio del papel de la mujer en relación a la sociedad española con el tiempo, notando las diferencias entre las mujeres raras, quienes tenían más oportunidades de ser más ricas o conectadas al gobierno, y la mujer típica, cuya posición en la sociedad no había cambiado mucho en el siglo pasado. Algunos críticos de la literatura pensaban que la búsqueda de las autoras femeninas de una identidad distinta de la que el régimen nacionalista las había puesto era muy modernista. Ellas rompían con la tradición antigua de las autoras femeninas para buscar una identidad, pero una que no borraría la del pasado (Brooksbank Jones 165). Las feministas de la etapa no querían cambiar la historia

de la mujer sino mejorar su futuro, creando un futuro en el cual la mujer puede esperar de ser más que una esposa.

Luchar contra la idea de que la mujer sólo vale cuando es madre es una idea que las autoras femeninas han explorado hace años. Un tropo que ocurre con frecuencia en los textos escritos por autoras femeninas es la protagonista que lucha contra la etiqueta de la madre (Ordóñez 197). Más común después de la Guerra Civil, una época de disturbios civiles, la protagonista que tiene conciencia de sí misma es una que sabe las desigualdades presentes en las leyes, como María de las Angustias, protagonista del cuento corto “El Artículo 438” escrito por Carmen de Burgos en 1954. El cuento de Burgos muestra la desigualdad codificada en las leyes españolas, que afirman que el hombre tiene el derecho de matar a su mujer si se la encuentra engañándole, pero una mujer en la misma situación no tiene el mismo derecho (de Burgos 40). La protagonista muere al fin del cuento, víctima de las leyes españolas que no valoran ni protegen a la mujer.

Las leyes españolas no valoran a la mujer tanto como al hombre hasta después de la muerte de Franco en 1975. En los años después de la dictadura que afirmó la marginalización de la mujer, las autoras femeninas escribieron sobre la vida de la mujer bajo Franco, y las expectativas de la mujer en aquella época. En algunos cuentos sutiles (y en otros no tan sutiles), las autoras contemporáneas todavía están explorando el tema de la mujer española. Los movimientos literarios influyen a las autoras femeninas en su estilo, sus temas, y las metas de las novelas – feministas y no feministas - que escribían. Algunas autoras no se consideraban feministas porque el título tenía una mala designación en los círculos literarios y políticos.

A diferencia de sus homólogos masculinos, las autoras femeninas resistían el movimiento literario del posmodernismo¹⁰, porque ellas sentían sensibles a las implicaciones de sus demandas políticas. Esta sensibilidad causó que las autoras a escribir novelas que escondían sus deseos políticos o que buscaban la reunión del “yo” literario. Había ansiedad sobre la identidad y el estado de la mujer como persona con una cultura propia, y si podría existir el yo femenino bien conocido y auténtico. Ellas rechazaron el posmodernismo, que las llevó a la búsqueda de las identidades alternativas. Esta búsqueda, de hecho, sigue hoy, con muchas autoras pidiendo prestas de las tradiciones literarias de los 1960s y 1970s. La cuestión central de la búsqueda de identidades no es sólo recobrar las verdades sino también recuperar una extensión del imaginario, de que las autoras femeninas podían construir o reconstruir un “yo” literario propio (Brooksbank Jones 166).

Es importante que ellas construyan tal yo, porque las fuerzas del patriarcado tienen una historia de borrar o ignorar la voz de la mujer en la literatura. No publicaba las novelas de autoras femeninas, o las publicaba bajo otros nombres y las atribuía a los autores masculinos (Brooksbank Jones 166). Si las autoras femeninas podían escribir de una perspectiva propia y publicar sus novelas, ellas podían empezar a reestablecer la historia rica de la escritura femenina: esta historia no se encuentra ni en los textos escritos por hombres sobre los valores tradicionales de la mujer católica, como “La perfecta casada” de Fray Luis de León, ni en las obras de teatro sobre la mujer que merece el castigo porque ha caído de la gracia como “El médico de su honra” de Pedro Calderón de la Barca. La escritura femenina incluye novelas escritas por las mujeres sobre la alegría y las tribulaciones de la vida cotidiana de la mujer española. La búsqueda de una identidad propia femenina es el primer paso necesario para reclamar la voz femenina y dar voz a

¹⁰ El posmodernismo, por oposición al denominado modernismo, viene de una teoría socio-cultural que postula la actual vigencia de un periodo histórico que habría superado el proyecto moderno, es decir, la raíz cultural, política y economía propia.

las mujeres calladas por la historia escrita por los vencedores, que son los hombres y las fuerzas del patriarcado. Al construir un yo literario propio, las autoras femeninas pudieron luchar contra la ideología dominante en la escritura masculina: que las mujeres no valoran más que ser madre y esposa, y que sus últimas metas debieron tener que ver con tener más hijos para asegurar el linaje familiar.

La parte más importante de la búsqueda de una identidad propia de las autoras femeninas era su identidad como madre. Históricamente, la mujer española era madre, y su primera relación que le dio una identidad era la relación entre ella y su madre. Es decir: las mujeres se identificaban principalmente por sus relaciones madre-hija. Pero el proceso del desarrollo del hombre es distinto del proceso femenino. Aunque el niño también se identifica con la madre, los hombres y las mujeres tienen una relación diferente con sus figuras maternas. La relación del hombre y su madre lo hace difícil separar la figura de la madre y la figura de la mujer, quien es una persona – un individuo con sus metas y deseos propios (Bergmann 109). Por lo tanto, la relación que se desarrolla entre madre e hija durante la dictadura era mucho más compleja.

Esta relación era un tema popular en las novelas de los autores españoles al fin de la dictadura de Franco, aunque también un tema doloroso, porque las autoras tenían que examinar con un ojo crítico sus relaciones personales. El proceso de conocer el yo personal y cómo interactuaba con el yo literario no era fácil. La relación entre madre e hija no tiene mucho simbolismo tradicional, porque la madre icónica siempre es la Virgen María, la madre de Jesucristo. Ella es una figura clave en la literatura y la cultura española, pero no sirve como un símbolo de la relación entre mujer y mujer, entre madre e hija. Si bien la iglesia católica ponía énfasis en las santas femeninas para que pudieran servir como ejemplos ideales de la mujer, no tenían historias de alegría sino de pena y penitencia (Morcillo Gómez 54). Existían pocos

ejemplos religiosos o estructuras sociales que podían apoyar la relación madre-hija, como Santa Ana y la Virgen María. Tampoco era posible usar la genealogía maternal, porque los hombres patriarcales las habían borrados, al igual que las contribuciones de la mujer española a su sociedad (Bergmann 109).

La novela típica usa una narrativa de separación del femenino maternal en la que la interacción con la sociedad crea el “yo”. La separación resulta de una identidad formada por la dependencia mutua y una desintegración del ego. El vínculo madre-hija produce una conexión fundamental al desarrollo personal, pero esta conexión a la vez sirve como un obstáculo a la autonomía de la mujer (Bergmann 109). Las observaciones psicológicas universales sobre la mujer no son universales, sino construcciones del género hechas por las figuras patriarcales. La representación de la mujer en la literatura ha cambiado tal como la representación de la mujer en la sociedad, aunque el cambio social ocurrió más rápidamente que los literarios.

Los cambios políticos en los últimos años de la dictadura tenían un impacto grande en la literatura de la mujer. Al principio de la dictadura, la novela típica representaba a la madre como una figura represiva, que defendía el sistema patriarcal porque había internalizado las normas patriarcales (Bergmann 110). Pero en los 1960s, las protestas políticas abrían una brecha entre las hijas rebeldes y las madres cargadas de la responsabilidad de criarlas y enseñarlas a vivir bajo el régimen nacionalista. Las leyes restrictivas eran como una jaula inescapable para las mujeres, las cuales conocían la Segunda República y los derechos que tenían en aquella época, pero que tenían que criar a las niñas que nunca conocerían los derechos que sus madres tuvieron en el pasado.

El estado de dependencia permanente de las mujeres españolas afectaba sus relaciones con sus niños, tanto el hijo como la hija, porque había una falta de comunicación entre las

generaciones, causada por la marginalización de la mujer en la sociedad (Bergmann 110). La mujer era madre, pero con sólo una representación, los niños no veían a sus madres como individuos. Ser madre era como un trabajo, ella era más como una máquina que producía a los niños que individuo. Cuando los padres no respetaban a las madres como personas individuales, los niños tampoco las respetaban, una actitud que cumplía el ciclo de marginalización y el tratamiento de la mujer como ciudadana de segunda clase.

Al final de la dictadura, las mujeres – niñas de las madres que sufrían el dolor de saber los derechos y perderlos en la misma década – habían crecidas, y con sus nuevas oportunidades de empleo, podían conocer mejor a sus madres y verlas en un contexto más completo. Un tema central en las novelas de la etapa es la búsqueda de una identidad más que madre o hija pero que incluía la relación maternal. Las hijas de las madres que sufrían escribían sobre las experiencias de sus madres en la Segunda República, en la Guerra Civil, durante la dictadura. Las niñas de aquellas madres empezaban a aprender sobre los deseos de ellas, los deseos de que nunca podían hablar porque habían aprendido quedarse mudas, porque temían el castigo de las fuerzas políticas (Bergmann 110).

Es importante notar que las mujeres de la nueva generación, las niñas de las madres que vivían durante tres gobiernos españoles, escribían sobre sus madres de una manera benévola. Para algunas de estas escritoras, la brecha entre madre y mujer no era a causa del desorden de la guerra sino a la de la muerte. El proceso de escribir una narrativa femenina reflejaba la relación complicada entre el hombre y la mujer, porque los hombre podían salir del pueblo y luchar por sus ideales, pero las mujeres sabían que todos los ideales del mundo no podrían dar comida a la familia (Bergmann 110). Así empezó la brecha entre los géneros durante y después de la Guerra Civil, y la de que las autoras femeninas de la nueva generación intentaban escribir, porque al

conocer las dificultades que superaban las madres, las niñas podían conocerlas – y también respetarlas – un poco mejor.

El tema subyacente de las novelas de las niñas sobre sus madres en este periodo es el sentido de la pérdida, de la ausencia de las novelas y los poemas no escritos. Las palabras de las niñas no pueden compensar por las palabras de las madres calladas por el gobierno represivo y las estructuras sociales que no les permitían hablar sobre sus experiencias. Las mujeres de la nueva generación no escribían a las madres como personajes estereotípicos que obedecieron las leyes patriarcales o que fueron aplastadas por las expectativas de la mujer. En lugar de las madres estereotípicas, las autoras escribían sobre las madres creativas, llenas de vida e ideas, creativas, excéntricas, imperfectas pero que todavía merecían el respeto. Son las madres que criaron a las niñas de generación nueva; las hijas que toman riesgos y se enfrentan con las imperfecciones humanas para mejorar sus relaciones con sus madres (Bergmann 116).

\

Conclusión

En esta tesis, quise examinar las obras de Carmen Martín Gaité y otras autoras femeninas y cómo han sido afectadas por el franquismo y la institucionalización de la marginalización de la mujer española. Enfoqué en algunas obras de Carmen Martín Gaité, porque ella escribía durante y después de la dictadura de Franco, y sus obras muestran la evolución de la vida femenina durante aquella época. Había muchos cambios legales bajo el régimen nacionalista, que incluía el regreso a los códigos Napoleónicos y la separación del hombre y la mujer en la escuela separada.

Cuando yo estaba estudiando en Madrid, me fijé en la diferencia entre el rol del hombre y el de la mujer en la sociedad contemporánea. Me hizo pensar en los cambios sociales que resultan tantas diferencias. Hasta la muerte de Franco en 1975, la mujer española tenía pocas opciones para su vida. Podría entrarse en un convento, casarse, o vivir como solterona a la margen de la sociedad. Las leyes españolas, las normas de la economía, y la influencia de la iglesia católica juntaban para hacer difícil la vida de la mujer bajo el régimen de Franco.

Pero no sólo quise examinar el efecto de la dictadura para la mujer española sino también la relación con las normas durante la dictadura con las normas de las otras generaciones. Había una generación que sólo conocía la dictadura de Franco, una que nunca la conocía, y una que vivía entre las dos. Me pregunté cómo se interactúan, qué normas las han internalizado bajo la dictadura, y qué derechos se consideran fundamentales para un género u otro. Intenté desarrollar la relación entre las generaciones y entre los géneros en esta tesis, para entender mejor todos los efectos de la dictadura nacionalista.

La meta de mi tesis era examinar las instituciones que hacen callar las voces de las mujeres españolas y reencontrarlas a través de la literatura de las autoras femeninas, porque son ellas las que hacen posible entender la realidad de la vida de una mujer antes, durante, y después de la dictadura. Gracias a las autoras, es posible conocer a otra España, una en la que las mujeres nos comparten las tribulaciones de la vida cotidiana.

En el primer capítulo, enfoqué en los aspectos sociales y históricos de la vida de la mujer antes, durante, y después de la dictadura de Franco. Había muchas desigualdades entre los géneros. Por ejemplo, el sistema del mayorazgo, en el cual el hijo mayor merece toda la herencia de sus padres mientras las menores y la hija reciben menos y tienen que trabajar más para ganarla. Después de recibir la herencia, la mujer española tuvo que mantenerla, una dificultad bajo el gobierno de la época. Sólo las viudas y las solteras se consideraban personas con sus propios derechos, porque una mujer casada pertenecía a su esposo y era subordinada de él.

El énfasis en el catolicismo causó problemas para las mujeres españolas, porque perdieron derechos que antes tenían. El régimen nacionalista hizo ilegal el divorcio, el aborto, y los anticonceptivos, y estas leyes afectaban desproporcionadamente a las mujeres. Tenían que regresar al estado antiguo, en el que la mujer era ama de casa y dedicaba su vida a criar los niños y hacer feliz a su esposo, sin un minuto para su propia vida. Las mujeres se volvían menospreciadas y marginalizadas bajo el nuevo gobierno. Los hombres ayudaban al mantener el estatus inferior de la mujer, porque Franco les convenció que el hombre español era más capaz y más fuerte que los demás, y él no necesitaba la ayuda de la mujer porque sólo el hombre podía avanzar la economía. Con esta idea de desigualdad inherente, Franco aseguró un desequilibrio entre los géneros. Bajo su régimen, las mujeres españolas perdieron sus libertades y/o sus derechos.

La pérdida de la libertad no implica que perdieron todo. De hecho, la calidad de la atención médica por las madres y los niños mejoró durante la dictadura. Aunque la calidad de medicina mejoró, no significa que la mujer era percibida como más que una madre. En efecto, la mujer española era una máquina que dio luz a españoles nuevos.

Además, grupos como la CNT, creían que la mujer tuvo el derecho de trabajar al lado del hombre en las fábricas y que mereció el mismo sueldo. Los grupos querían integrar a la mujer en los lugares del empleo y cambiar la visión típica de la mujer fina y delicada a una inteligente y muy capaz de trabajar. Desafortunadamente, las compañías realizaban estas metas con poca frecuencia, porque usaban un sistema de grado del sueldo, y nunca ofrecían a las mujeres la oportunidad de un empleo al nivel de sueldo más alto, como en los EE.UU y otros países europeos. Los hombres que estaban de acuerdo con la emancipación de la mujer pensaban raramente en qué esta libertad significaría para ellas. La emancipación de la mujer y la aceptación de ella en la esfera pública fuera un hito para las feministas, pero los hombres que propusieron la emancipación no pensaban en la vida privada de la mujer. Al aceptarla en el lugar del empleo, no se daban cuenta de que significaría más trabajo para la mujer, porque además de su empleo en la fábrica, la mujer tenía que trabajar en casa como buena esposa. Era un doble trabajo con pequeño sueldo. La situación de doble trabajo no es única a España; la mayoría de países europeos y americanos también requirieron – y sigue requiriendo – que la mujer trabajar en casa después de trabajar en su lugar de empleo.

Afortunadamente, quizás, la mujer educada sabía vivir con poco sueldo, porque su educación enfocó en el mantenimiento de los asuntos financieros de la casa. Las mujeres asistían las escuelas separadas de las de los hombres, porque la co-educación era prohibida. Ellas aprendían las expectativas de buenas esposas, con clases sobre la crianza de los niños y el

mantenimiento del dinero para que el hombre pudiera gastarlo como quiera. La educación de la mujer fue centrada en la idea de la mujer como madre y esposa, y las universidades enfocaban en informarlas de evitar los excesos y vivir con dedicación a la familia.

En el segundo capítulo, que se enfoca en la representación de la mujer en la literatura española, se revela que la masculina interpretación literario de la mujer dominaba. Como el resto de la sociedad española, la literatura cambió mucho durante la dictadura, y los cambios reflejaron las normas sociales de la mujer en aquella época. Sin embargo, era difícil publicar libros que criticaban al gobierno o que tenían temas como la pobreza, la migración, o la opresión de los pobres. La novela social fue escrita de una manera muy sutil, en la que los lectores tendrían que adivinar el mensaje. No obstante, por muchos años, la novela social no trata con el tema de la mujer marginalizada.

Tanto como otras autoras como Josefina Rodríguez, Carmen Martín Gaité cambia el enfoque de la novela social al tema de la mujer. También enfocan en el efecto de una rutina que les hace sentir aisladas y las desigualdades entre las clases sociales. Las autoras se ocupan con en la marginalización instituida por el patriarcado. Ellas publicaban sus cuentos en la *Revista Española*, y cada autora publicó un cuento con un mensaje feminista, pero sus cuentos no eran suficiente para incorporar el feminismo en la novela social como tema o trama principal. Sin embargo, las autoras feministas lograron amenazar al gobierno a través del género literario de las novelas rosas. Las usaban para discutir las restricciones del gobierno a la mujer y las dificultades de vivir bajo un régimen opresivo como el de Franco. La novela rosa reafirma los ideales del papel de la mujer española durante la dictadura.

Cuando los problemas económicos y políticos del régimen empeoraron, las autoras como Martín Gaité empezaron a escribir novelas realistas para educar a la gente sobre las dificultades

que sus compatriotas tenían que superar. Con el cambio económico de los 1960s, el conflicto de los valores apoyados por la iglesia católica introdujo un cambio literario. Había más autoras feministas que escribían sobre sus experiencias con la represión del gobierno. Sus textos les dieron permiso a la próxima generación de autoras de criticar al gobierno. La crítica tenía que ser muy sutil, porque todavía había censores que leyeron los libros antes de publicarlos, pero fue posible escribir y esconder un mensaje que critica al gobierno. Durante la misma década, la figura del autor revolucionario se volvía superflua, y en Latinoamérica empezó el “Boom” de las novelas de ficción escritas por autores con un estilo muy distinto. Al fin de la década, la novela social estaba muerta.

La muerte de la novela social no implica una muerte de los movimientos literarios, y después de que la novela social falleció, nació un movimiento de autores que escribían sobre su fe en ellos mismos. Escribían libros testimoniales, autobiografías, y casi-autobiografías. Las autoras femeninas y las feministas unían las generaciones de escritores, y les ofrecían la oportunidad de explorar los temas no políticos. Ellas inspiran un movimiento de reflexión y una búsqueda de su propia identidad. Buscaban una cultura en común, y descubrían que todas querían ser las protagonistas de sus propios cuentos. Rechazaban los valores centrales de la doctrina católica asignados a las mujeres por el gobierno nacionalista. Empezaban a escribir narrativas con personajes femeninas y dinámicas, y rompían con la tradición antigua de las mujeres que acaban sus vidas cuando se casaban con un hombre.

Elegí las obras de Carmen Martín Gaité no sólo porque ella es una de las autoras españolas más conocidas, sino también porque sus obras muestran la evolución de la vida cotidiana de una mujer española bajo la dictadura. Ella tiene una distinta voz narrativa, y sabe romper los papeles tradicionales de la mujer. Los libros de Martín Gaité han dado permiso a una

nueva generación de escritoras y de autoras de escribir de su propia manera. Tiene como estructura central en su ficción el lenguaje y la narrativa, y crea personajes vívidos con un tono natural. Ella enfoca en las relaciones complejas entre las madres e las hijas, entre mujeres en general, y también entre la mujer y el hombre. Estas relaciones en sus novelas son complicadas porque reflejan la vida actual.

Martín Gaité rechaza la literatura antigua que postula el mito de la mujer como musa, o bruja, o un ícono divino. Enfatiza que la mujer no es nada más ni menos que una persona con derechos y deseos propios. La autora, como las autoras antiguas, está segura de que la mujer tiene las mismas capacidades que el hombre, y critica a los autores que escriben textos prescriptivos para las mujeres. Cuando la representación dominante de la mujer en la literatura enfoca en su belleza o virtud, las personas que la leen empiezan a pensar que la mujer vale igual que su virtudes, y la vinculan con su cuerpo. Martín Gaité afirma que la mujer vale lo que vale no porque tiene un cuerpo ideal sino porque tiene valor como persona. La mujer tiene que superar las fetiches creadas y mantenidas por hombres, representaciones de la ideal mujer española atrincheradas por unos siglos por pocas. Ser elevada al estatus de musa no glorifica, sino menosprecia a la mujer de carne y hueso, porque la musa es vinculada con su cuerpo y su belleza. Cuando estos valores destiñen, ellas no tienen valor. La musa es como una estatua: casta, bella, y callada – la mujer idealizada por los hombres, y la mujer temida para las mujeres que saben la realidad de tal vida, que incluye la deshumanización y la fugacidad de ser idealizada.

En la obra “Usos amorosos de la posguerra española,” Martín Gaité desarrolla las expectativas de la joven mujer española: de sonreír siempre, de casarse con un hombre de familia buena, de criar a los niños, y de ser ama de la casa y esposa bella y piadosa. Las otras opciones fueran entrarse en un convento o renunciar las expectativas y quedarse soltera. Las solteronas se

consideraban chicas raras incapaces de cazar marido. Fueran desagradables, rechazadas, feas. Ser monja, a lo menos, ofrece a la mujer la opción de hacer lo que quiera con su vida, aunque todavía fue dedicada a una figura patriarcal. A los solteros nadie les consideraba rechazados, por el doble estándar que existe todavía en España – y en Europa y los EE.UU. también.

También la autora trata con los cambios sociales que ocurrían durante el régimen nacionalista, y cómo afectaban a los niños de la posguerra. Ellos se sentían desconectados con las generaciones anteriores. Ocupaban un espacio intermedio en la sociedad española: sabían que las oportunidades de una vida nueva existían, pero no tenían los recursos de lograrlas. Querían buscar sus propias identidades, pero tenían que seguir los modelos idealizados de los buenos ciudadanos a la vez. Fue más difícil ser una hija de la posguerra, porque las expectativas de la mujer subían en los primeros años de la dictadura. La mujer era el puntal de las futuras familias españolas. Sin ella, no habría un país unificado con los valores puestos por el gobierno.

En su novela “Entre Visillos” Martín Gaité presenta una representación ficcional de esta dificultad, retratando protagonistas que están al punto de la madurez. Gertrú se casa con dieciséis años con un hombre que desea a una mujer casta por esposa. Al otro lado, Julia y su novio se riñen porque le parece a ella que él no vale ni aprecia su inocencia y su piedad. La más joven protagonista, Natalia, no sabe bailar ni hablar con los hombres, y tampoco le interesa hacerlo. Ninguna de las mujeres en la novela – de cualquier edad – sabe qué hacer con las opciones limitadas que le ofrece su vida. Sin decirlo obviamente, Martín Gaité critica a la sociedad española y muestra las dificultades de ser mujer bajo un régimen opresivo y los peligros del matrimonio. Al mostrar las personas de diferentes edades, diferentes clases sociales, y de diferentes géneros, la autora revela las dificultades de vivir bajo el régimen de Franco, no sólo como mujer sino como ciudadano español.

Al fin y al cabo, la literatura de Carmen Martín Gaité refleja la vida cotidiana bajo la dictadura del caudillo. El efecto de la Guerra Civil, el sistema familiar, la religión y los derechos femeninos, la educación, los cambios económicos, la búsqueda de la identidad personal en la literatura y como persona – todo es reflejado en sus obras. El lector puede encontrarse la experiencia femenina de vivir bajo la dictadura, con todo que abarca, dentro de las páginas de sus libros. Para mí, las obras de Martín Gaité permiten que el lector experimente la vida bajo el régimen nacionalista mientras observa, con ojo crítico, los problemas asociados con aquel gobierno. El legado de Carmen Martín Gaité es doble. Sus textos con temas históricos o sociales nos dan citas, ejemplos, hechos, y información mientras sus obras de ficción nos introducen al mundo franquista que ella documentó y describe. También ella nos introduce a los personajes que han internalizado los mensajes del régimen nacionalista y que viven dentro de la realidad de una dictadura. Ella crea para el lector una indeleble impresión de una época en la historia de la mujer; una vez silenciosa, Martín Gaité ha dado una voz a las que han quedado calladas.

Bibliografía

Fuentes Primerias

- Berceo, Gonzalo de. "Milagro XXI." *Milagros de Nuestra Señora*. Madrid: Editorial Castalia, 1967. Print.
- Burgos, Carmen de. "El Artículo 438." *La Nueva Semanal* [1521]. Año 1, número 15. 1-X. Revista.
- León, Fray Luis de. *La perfecta casada*. Ed. Javier José Lera. Madrid: Espasa Calpe, 1992. 174-192. Print.
- Martín Gaité, Carmen. *Desde la ventana*. Madrid: Espasa Calpe, 1999. Print.
- Martín Gaité, Carmen. *El balneario*. Madrid: Alianza, 1968. Print
- Martín Gaité, Carmen. *Entre visillos*. Barcelona: Ediciones Destino, 1963. Print.
- Martín Gaité, Carmen. *Usos amorosos de la posguerra española*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1994. Print.
- Talavera, Arcipreste de. *El Corbacho*. Ed. Consuelo Pastor Sanz. Madrid: Editorial Magisterio Español, S.A., 1970. 105-129. Print.

Fuentes Secundarias

- Ackelsberg, Martha A. *Free Women of Spain: Anarchism and the Struggle for the Emancipation of Women*. Indiana University Press: Bloomington, 1985. Print.
- Balfour, Sebastian, and Alejandro Quiroga. *The Reinvention of Spain: Nation and Identity since Democracy*. Oxford: Oxford UP, 2007. Print.
- Bergmann, Emilie L., and Richard Herr, eds. *Mirrors and Echoes: Women's Writing in Twentieth-century Spain*. England: London, 2007. Print.
- Brooksbank Jones, Anny. *Women in Contemporary Spain*. Manchester [England: Manchester UP, 1997. Print.
- Dopico Black, Georgina. *Perfect Wives, Other Women: Adultery and Inquisition in Early Modern Spain*. Durham, England: Duke University Press, 2001. Print.
- Enders, Victoria Lorée, and Pamela Beth Radcliff, eds. "Introduction." *Constructing Spanish Womanhood: Female Identity in Modern Spain*. Albany: State University of New York Press, 1999.

- Galerstein, Carolyn L., and Kathleen McNerney. *Women Writers of Spain : An Annotated Bibliographical Guide*. New York: Greenwood, 1986. Print.
- Jordan, Barry. *Writing and Politics in Franco's Spain*. London: Routledge, 1990. Print.
- López, Silvia L., Jenaro Taléns, and Darío Villanueva, eds. *Critical Practices in Post-Franco Spain*. Minneapolis, MN: University of Minnesota, 1994. Print.
- Molloy, Syliva. "Introduction." *Women's Writing in Latin America*. Eds. Sara Castro-Klarén, Syliva Molloy, Beatriz Sarlo. Colorado: Westview Press, 1991.
- Morcillo Gómez, Aurora. "Shaping True Catholic Womanhood: Francoist Educational Discourse on Women." *Constructing Spanish Womanhood*. Eds. Victoria Lorée Enders and Pamela Beth Radcliffe. Albany: State University of New York. 1999. Print. 51-63.
- Ordóñez, Elizabeth J., *Voices of Their Own: Contemporary Spanish Narrative by Women*. Lewisberg: Bucknell University Press, 1991. Print.
- Payne, Stanley G. *The Franco Regime: 1936-1975*. London, England: The University of Wisconsin Press, 1987. Print.
- Pérez, Janet. *Contemporary Women Writers of Spain*. Boston: Twayne, 1988. Print.
- Reher, David Sven. *Perspectives on the Family in Spain, past and Present*. Oxford: Clarendon, 1997. Print.
- Shubert, Adrian. *A Social History of Modern Spain*. Routledge: London, England. 1990. Print.
- Smith, Theresa Ann. *The Emerging Female Citizen: Gender and Enlightenment in Spain*. Berkeley: University of California, 2006. Print.
- Sotelo, Elisabeth De. *New Women of Spain: Social-political and Philosophical Studies of Feminist Thought*. Münster: LIT-Verl., 2005. Print.
- Townson, Nigel. *Spain Transformed: The Late Franco Dictatorship, 1959-75*. Basingstoke [England: Palgrave Macmillan, 2007. Print.
- Tuana, Nancy. *The Less Noble Sex*. Bloomington, IN: Indiana, UP, 1993.
- Tusell, Javier. *Spain, from Dictatorship to Democracy: 1939 to the Present*. Malden, MA: Blackwell Pub., 2007. Print.